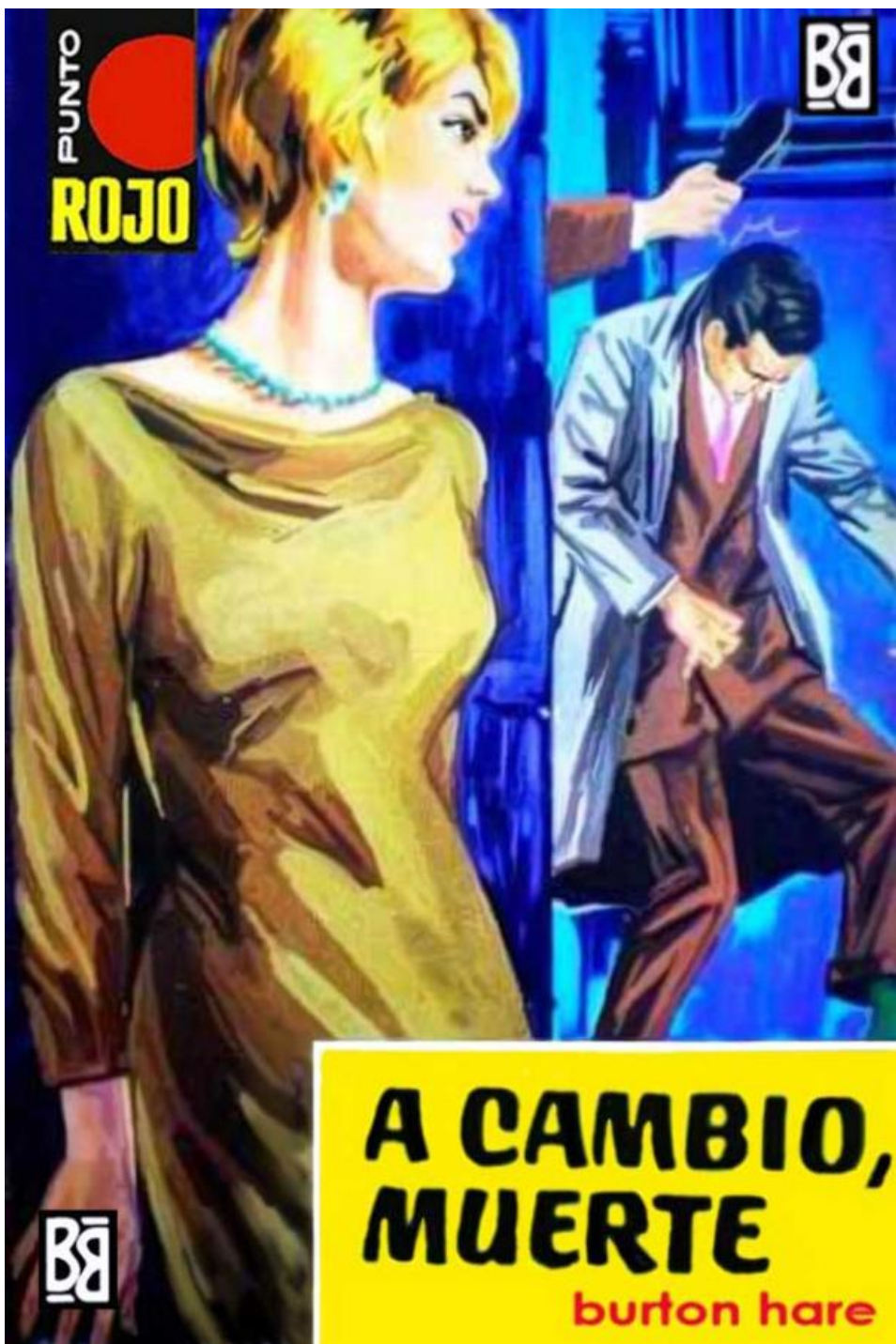


PUNTO

ROJO



A CAMBIO, MUERTE

burton hare

A CAMBIO, MUERTE

BURTON HARE

A CAMBIO, MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 69

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 15.668 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: AGOSTO - 1963

© BURTON HARE - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4420/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Abrí la puerta y entré. Dejándola abierta, quedé inmóvil, mirando lo que, hasta la noche de ese día, era todavía mi oficina. ¿Quién vendría a instalarse en ella cuando yo me hubiera ido?

Todo seguía igual. Las revistas atrasadas sobre la mesilla de centro, las sillas esparcidas por la sala de espera, la mesa abierta por abajo para que los hipotéticos clientes pudieran admirar las rodillas de mi secretaria, Sheila... ¿Qué estaría haciendo ella ahora, en su nuevo empleo?

Sacudí la cabeza y dejé de pensar en todo esto. Atravesé la sala de espera y entré en lo que había sido, o era todavía, mi oficina privada. Lo que había venido a buscar estaba allí.

Abrí la pequeña caja fuerte que ya iba incluida con los muebles, en el alquiler. En su interior no había un solo centavo, pero allí guardaba mi «38» especial de cañón corto y no iba a dejarlo atrás al marcharme. Lo saqué, estuve mirándolo un instante y finalmente lo guardé en el bolsillo. Las facturas atrasadas que había en la caja se quedaron allí. Pensé que el que viniera a ocupar el despacho no las pagaría tampoco, de manera que no tenía ninguna razón para molestarme por ellas.

Di unos pasos y me dejé caer en el sillón, detrás de la gran mesa. Sentado allí parecía un hombre importante. Sólo lo parecía.

Miré las paredes de lo que había sido mi oficina. Entre esas paredes quedaban enterrados dos años de lucha e ilusiones. Bien, a decir verdad, muchas ilusiones y poca lucha. No me habían dado la oportunidad de luchar para crearme un nombre, una fama y una aureola suficiente para atraer a la gente a mi despacho a exponerme sus problemas.

Al diablo con todo.

Me levanté, encendí un cigarrillo y rodeé la mesa para marcharme definitivamente.

Entonces sonó la voz. Dijo:

—¿Mark Duncan?

Giré en redondo. El hombre estaba plantado en el umbral, mirándome fijamente. No pasaría de los treinta años y estaba nervioso. Daba vueltas al sombrero entre las manos.

Su cabello rubio estaba mal peinado y el magnífico traje que vestía daba sensación de que lo había utilizado como pijama.

Yo no estaba de humor.

—Se ha largado —respondí secamente.

—¿Qué?

—Largado —repetí—. Para escapar de los acreedores, ¿comprende? Y yo también me voy, así es que...

Pareció recibir un gran desengaño. No había duda de que era alguien a quien se le debía alguna factura, aunque no tenía idea de quién pudiera ser.

Abrió la boca un par de veces, pero seguramente no encontró palabras suficientes.

Hablé yo:

—¿Cuánto se le debe?

—No comprendo... —balbució.

—¿No es usted uno de los acreedores de Mark Duncan?

—No. Yo...

—Entonces, ¿qué diablos quiere usted? —estallé. Mi humor estaba resultando cada vez más negro.

—Quería encargar un trabajo a míster Duncan —murmuró, como avergonzado de ese deseo.

Pegué un respingo. ¡Un cliente! Aparecía un cliente cuando yo había cerrado la agencia.

—Se ha retrasado usted —gruñí—. Se ha retrasado un par de años.

Me miró con asombro.

—No le comprendo a usted —masculló, molesto—. Todo lo que yo quiero es hablar con Mark Duncan, el detective privado. No creo que sea pedir nada fuera de lo común...

—Mark Duncan soy yo —confesé—. Pero el detective ha muerto esta tarde.

—Sigo sin entenderle. Mire usted, yo poseo una dosis de paciencia muy grande... Pero a veces se me agota. ¿Quiere hablar claro de una vez?

—Okay, tómelo con calma. He cerrado el negocio hoy precisamente. He pasado una temporada muy mala, ¿sabe usted? Sin ningún encargo, sin clientes... En fin, lo siento.

Avancé hacia él, que retrocedió, aturdido. Cerré la puerta del despacho y nos encontramos en la sala de espera. El boqueó otra vez. No encontró palabras y me siguió dócilmente hacia la salida.

Pero antes de llegar a ella hizo un esfuerzo y recobró el habla. ¡Y de qué manera!

—Diez mil dólares —balbució.

Giré hacia él como una peonza.

—¿Qué es eso de diez mil dólares? —indagué con voz insegura.

—Le ofrezco ese dinero si me ayuda.

Durante un instante las paredes giraron a mi alrededor igual que un tiovivo. ¡Diez mil machacantes!

—Repítalo —dije. Casi me castañeteaban los dientes.

—Le doy diez mil dólares por ayudarme, por trabajar para mí como detective.

Las paredes cesaron de girar. Mis pies se asentaron firmemente en el suelo. No me había equivocado. Eran diez mil lo que había dicho.

—Okay, sigo siendo detective —afirmé—. Pero no en esta oficina. Desde esta mañana ya no me pertenece... Vayamos al bar. Allí podremos hablar.

Bajamos a la planta baja del edificio, donde había una cafetería siempre concurrida por el personal de los centenares de despachos instalados en esa colmena de acero y cristal.

Buscamos una mesa apartada. Pedí un par de tragos y quedé mirando a mi flamante cliente.

—Ahora cuénteme por qué me ofrece esa suma.

—Es algo complicado... No puede contarse así, tan fácilmente. Si ha de comprender usted de qué se trata, debo ponerle en antecedentes de algo que está ocurriendo desde hace meses...

—Muy bien. Bebamos y usted hablará. Tenemos toda la tarde para nosotros. Oiga, ¿estaría usted dispuesto a pagarme un anticipo?

—Naturalmente.

Me pregunté qué santo estaba cubriéndome con su halo. El añadió como si fuera la cosa más natural del mundo:

—Le daré mil dólares para gastos y el resto cuando termine el trabajo.

No me caí de espaldas porque estaba sentado, pero desde luego la cosa era como para dar saltos.

—Adelante. Desde este momento trabajo para usted.

Miró con sus claros ojos empañados por una sospecha. Al fin sonrió. Era la suya una sonrisa tímida, simpática. A decir verdad, hablando con él uno tenía la impresión de estar hablándole a un niño. Bien, un niño muy desarrollado y bien proporcionado, pero tenía algo de infantil que inspiraba simpatía.

—Míster Duncan... —vaciló, como si le diera vergüenza seguir adelante. No obstante, se decidió—: ¿Por qué ha cerrado usted el negocio?

Vi extenderse una nube sobre el porvenir.

—Por falta de trabajo —afirmé—. Llevo meses sin un cliente, y los escasos encargos que he tenido han sido de los llamados de calderilla. He aguantando hasta que me ha sido posible, pero... En fin, sin dinero no se puede mantener abierto ningún negocio.

—Ya veo...

—Puestos en plan de confidencias. ¿Cómo ha venido usted a mí? Vaciló nuevamente, hasta que se decidió:

—Leí hace algún tiempo una información sobre usted... Cuando trabajó para Carrigan...

Usted se enfrentó incluso con la policía para proteger a su cliente. Ahora he recordado aquello y aquí estoy.

—Comprendo. Y el asunto Carrigan fue el último trabajo importante que tuve. Resultó mi cerrojazo. A la policía no le gustó cómo lo llevé.

—¿Quiere decir que ellos le han perjudicado?

—No abiertamente, pero sí bajo mano. Y ahora, míster...

—Foster. Anthony Foster...

—Gracias. Y ahora, míster Foster, ¿cuál es su apuro?

—No se trata realmente de mí, sino de mi esposa.

—Cuénteme.

Apuró el resto de su *whisky* y encendió un cigarrillo. Hecho esto

clavó en mí su mirada y habló despacio, como queriendo que sus palabras penetraran dentro de mí.

—Hace un poco más de dos años conocí a Alma, mi esposa, en Miami. Nos enamoramos casi al conocernos y cuando regresé a casa ya estábamos casados. A mi familia no le gustó mi matrimonio. Mis padres y el resto de parientes son algo... Bien, apegados a los viejos moldes. Ocupan una importante posición social y poseen una fortuna. Y Alma no tenía ni fortuna ni nombre brillante. Además, era viuda.

—¿Y bien? —le animé al ver que se interrumpía.

—Sí... Alma y yo nos hemos querido apasionadamente. Dudo que ninguna pareja haya sido tan feliz como nosotros... durante dos años que llevamos de matrimonio.

—Observo que habla usted en pasado, míster Foster —dije—. ¿Es que eso ha cambiado actualmente?

—No es que haya cambiado... Se trata de algo más complicado. Alma me quiere. Sé que sigue adorándome tanto o más que hasta ahora. Sin embargo, algo se ha interpuesto entre nosotros.

—¿Otro hombre? —pregunté suavemente.

Casi pegó un salto en la silla.

—No —fue casi un grito—. Bien... No puedo creerlo. Ya le he dicho que estoy firmemente convencido de que ella sigue queriéndome como el primer día. Es algo más... profundo.

—¿Dónde entro yo, míster Foster?

—Quiero recobrar la tranquilidad, la felicidad de que había disfrutado hasta hace unos cuatro meses. Usted se encargará de descubrir qué es lo que Alma me oculta. Qué se ha interpuesto entre nosotros.

—Lo intentaré, pero necesito muchos más datos. Siga hablándome del asunto. ¿Le ha preguntado a su esposa qué la inquieta, o qué hay detrás de ese cambio que usted ha advertido?

—¡Claro que se lo he preguntado! —exclamó—. Pero sin resultado alguno.

—¿Cuál es la respuesta de ella?

—Que son figuraciones mías. Que todo sigue igual que siempre... En fin, excusas. Yo sé muy bien lo que me digo.

—¿Puede tratarse de chantaje?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Usted es quien debe averiguarlo. Aunque no creo que sea eso... Ella no posee capital propio. Si alguien estuviese sacándole dinero, yo lo habría advertido en nuestras cuentas.

—¿No tiene ella cuenta particular en algún banco?

—Sí, la tiene, pero generalmente hay muy poco dinero.

—Comprendo. ¿Cómo reaccionó ella cuando le preguntó al respecto?

—Al principio se asustó, pude advertir eso. Luego reaccionó y lo tomó con calma, casi con ironía para demostrarme lo equivocado que estaba. Sin embargo, cuando ella cree estar sola, o que no la observo, su rostro expresa una honda preocupación. Pero en cuanto se da cuenta de que alguien puede verla se esfuerza por ofrecer su aspecto normal.

—Todo esto me parece muy confuso... A pesar de ello, opino que sólo hay dos alternativas a investigar. O bien hay otro hombre, o se trata de un chantaje. No veo otro camino para iniciar mi trabajo.

—Le repito que no creo en la existencia de otro hombre en la vida de Alma. Un hombre conoce muy bien cuándo su mujer le adora.

—Eso no pasa de ser una opinión de usted. ¿Sabe si su esposa ha adquirido alguna costumbre fuera de lo común estos últimos meses? Ya sabe... Ausencias, visitas sin explicar...

Me interrumpió con un gesto y habló precipitadamente:

—De eso quería hablarle, Duncan. En esos meses ha habido dos salidas un tanto misteriosas por parte de Alma.

—¿En qué fechas?

—No lo sé exactamente... La primera hará unos cuatro meses, o sea, cuando empecé a notar su cambio. Y la segunda hace aproximadamente una semana.

—¿Le preguntó usted adónde había ido?

—La segunda vez, sí. Respondió que había estado en el cine... y no supo decirme qué películas pasaban. ¿Se da cuenta?

—Ya veo. Ella no sospechó que usted trataría de saber dónde había pasado el tiempo, de lo contrario se habría enterado del programa del cine. Bien, ¿tiene más datos de interés?

—No... No creo que pueda darle más detalles. En realidad es una situación endiablada. Yo sé que ella ha cambiado, y sé que la

felicidad de que disfrutábamos se ha esfumado. Sin embargo, todo sigue igual. Un extraño no puede notarlo en absoluto.

—¿Ha notado algo la familia de usted?

—No lo creo. Nos visitan a menudo, pero... No, no creo que hayan advertido ningún cambio.

—Está bien, *Mr. Foster*. Haremos lo que podamos. Deme sus señas y...

Volvió a atajarme con un ademán.

—No vivo aquí, *Mr. Duncan*. Tenemos nuestra residencia en Summerville. Usted deberá trasladarse allí.

—He oído hablar de Summerville, sobre todo últimamente. Creo que ha habido un poco de jaleo en la ciudad.

—La eterna cuestión. Se empeñan en que los negros deben seguir separados de los blancos igual que hace siglos. Particularmente opino que es una estupidez, pero ya sabe cómo es la gente aquí.

—Ya me he dado cuenta. Vi los altercados en la universidad y me convencí de lo bestia que puede llegar a ser la gente. En fin, ¿tiene usted decidido dónde voy a alojarme en Summerville?

—Hay un magnífico hotel, el Cecil. Estará bien allí. Además, yo le presentaré a mi esposa y al resto de la familia como a un amigo mío del norte en busca de negocios. ¿De acuerdo?

—Perfecto. Usted lo tiene todo pensado...

—Me ha costado mucho decidirme a recurrir a usted. Le he dado vueltas y más vueltas a la idea. Me parecía vergonzoso pedir ayuda a un detective privado para solucionar mis problemas domésticos...

—A juzgar por lo que me ha contado hasta ahora, creo que su problema no tiene nada de doméstico. ¿Cuándo partimos?

Vaciló.

—Creo que será mejor que vayamos cada uno por nuestra cuenta. Usted deberá llegar después de mi llegada a casa. Así yo podré hablar de mi amigo Duncan... con el que habré tropezado en este viaje.

—Okay, otra vez de acuerdo. ¿Se pondrá usted en contacto conmigo en el Cecil?

—Sí.

Hice una seña al camarero y pagué los dos vasos. Cuando el mozo se alejó, Anthony Foster echó mano al bolsillo y sacó un fajo

de billetes impresionante. Se me cortó el aliento. Le vi contar mil dólares y entregármelos. Quedaron un instante sobre la mesa, ya que quedé como hipnotizado. Al fin, me apoderé de ellos y los hice desaparecer en mi bolsillo. Ya tenía mil dólares.

Foster se levantó y me alargó la mano. Se la estreché con energía y él la retuvo el tiempo justo de clavarme la mirada, sonreír de aquella manera suya, casi infantil, y murmurar:

—Cuento con usted, Duncan.

—Recuerde que deberá tratarme con más familiaridad si he de pasar por amigo suyo.

—Lo recordaré... Duncan.

—Adiós, Foster. Mañana estaré en el Cecil.

Hizo un ademán de despedida y se alejó entre las mesas. Me dije que, aparte de la ficción, no me costaría nada ser amigo de un muchacho como ése.

CAPÍTULO II

El calor era una masa pegajosa que se introducía por todos los poros del cuerpo, amargándose la estancia en Summerville. Había llegado a las diez de la mañana y puede decirse que desde entonces no me había movido de debajo la fría agua de la ducha.

Encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana. El sol tostaba las calles y su resplandor hería las pupilas. Las aceras estaban desiertas, y solamente por el lado en que daba la sombra transitaba algún peatón. Los coches se deslizaban perezosamente y sus ruedas arrancaban un melancólico chirrido de recalentado asfalto.

Fui hasta la mesa y me bebí un buen trago de *whisky* con hielo. El botones que me había traído la botella, el vaso y el hielo, me había asegurado que a media tarde el calor desaparecía, pero hasta ese momento no había trazas de alivio.

Pensé en Foster y su problema. Estaba dispuesto a creer en la existencia de otro hombre en la vida de su mujer, a pesar de la seguridad de mi cliente en lo contrario. Ya se sabe: el marido es el último que se entera. Sin embargo, Foster me parecía un tipo muy equilibrado y sensato.

Sonó el teléfono. Lo descolgué y escuché la voz de Anthony Foster con su acento sureño y simpático:

—¿Duncan? —preguntó.

—Al habla.

—Le llamo desde un bar. He preparado las cosas para que nadie extrañe su presencia. ¿Cuándo ha llegado?

—Esta mañana. Oiga, ¿siempre hace tanto calor?

Rió.

—Generalmente hace un poco más, pero hoy es un día bueno...

—Siento no participar de su sentido del humor. ¿Cuándo

empiezo a trabajar?

—Creo que hoy mismo. ¿Puede encontrarse conmigo dentro de quince minutos?

—Dígame dónde.

—A unas dos travesías del Cecil hay un bar llamado Neber. Le esperaré en él.

—De acuerdo.

Colgué y me ocupé otra vez de la botella. Maldije el calor una vez más y empecé a vestirme. Las ropas parecían sacadas de un horno.

Cuando entré en el bar indicado, Foster estaba ya esperándome. Parecía preocupado y mantenía entre sus dedos el largo vaso empañado por el hielo.

—Siéntese —invitó—, y tome algo fresco.

—Llevo bebiendo sin parar desde que he llegado. Esto no hay quien lo aguante...

—Ya se acostumbrará. Bien, he hablado ya de mi amigo Duncan, un hombre del norte en busca de negocios por estas tierras. Usted no tiene nuestro acento al hablar, con lo cual es conveniente que pase como nortño.

—De acuerdo. ¿Qué clase de negocios son los que hago?

—No lo he especificado. Eso queda para usted.

—Perfectamente. Ahora hábleme de su problema.

—Alma va a salir esta tarde... —consultó su reloj—. Dentro de una hora. No sé dónde piensa ir, ya que no he hablado en ella, pero quizá sirva para empezar usted a moverse.

—No olvide que para eso, necesito conocerla.

—¿Ha traído usted coche?

—He venido en él.

—Muy bien; iremos los dos en su coche y nos estacionaremos cerca de mi casa. Cuando ella salga yo se la indicaré. Lo demás es asunto suyo.

—Es una buena idea.

Bebimos en silencio y después de apurar el tercer vaso nos pusimos en campaña. Mi coche no era ningún modelo deslumbrante, pero tenía algo muy valioso para mí. Llevaba un motor retocado por un experto, con lo cual podía competir casi con un bólido de carreras; lo conduje siguiendo las indicaciones de mi

amigo, hasta que me ordenó parar.

—Aquélla es mi casa —me indicó.

Nos encontrábamos en una calle ancha y bordeada de extensos jardines. La casa de Foster era un palacio del cual sólo distinguía una parte de piso alto. El resto quedaba oculto por la arboleda. Semejante propiedad me reafirmó en mi idea sobre el potencial económico del hombre que se sentaba silenciosamente a mi lado.

—Es una buena choza —comenté—. Y puesto que he de pasar por amigo de un millonario, bueno será que nos acostumbremos desde ahora a tratarnos con familiaridad. ¿Comprendido?

—Perfectamente. Desde ahora, tú llevas el mando —comentó sonriendo.

Contemplé el escaso tráfico de la residencial calle. Algunos negros se movían apresurados, ajenos al calor. No costaba nada adivinar que eran sirvientes. A la vista de ellos dije.

—Aquí se da uno cuenta de que es cierta la superioridad numérica de los negros, Foster.

—Sólo numérica —puntualizó.

Esperamos pacientemente. Por mi espalda se deslizaba el sudor. Foster parecía menos sensible al calor que yo, tal vez debido a la costumbre.

—Duncan... —murmuró de pronto.

—¿Sí?

—Suponiendo que llegase a necesitar de un silencio incluso ante la policía, ¿puedo contar con usted?

—¿Más o menos como en el asunto Carrigan?

—Sí.

—Desde luego. ¿Por qué le inquieta eso?

—No lo sé exactamente. Quizá porque no comprendo la actitud de mi mujer. Si lo que hay detrás de ella es algo que pueda colocarla en una situación difícil con la ley... Bien, necesito protegerla.

—La ama usted mucho, ¿no es verdad?

—No puede usted comprenderlo —dijo con voz contenida.

—Está bien, tranquilícese. Si es preciso proteger a su esposa ante la Ley, lo haré. Siempre, naturalmente, que con ello no ampare ningún hecho criminal.

Sacudió la cabeza de arriba abajo, expresando su conformidad.

Pero de pronto se enderezó, con la mirada clavada en el gran portón de la verja.

—Atención, Duncan —murmuró.

El portón se había abierto. Un negro mantenía sujeta la puerta, mientras un rutilante Cadillac salía lentamente. Al volante iba una mujer.

—Es ella —casi gimió Foster.

—Bien, espero que se aleje un poco y baje usted del coche. Lo demás corre de mi cuenta.

El Cadillac ganó velocidad y se alejó. Rápidamente. Foster saltó fuera de mi coche.

Apenas había cerrado la portezuela cuando lo despegué de la acera y salí disparado detrás del auto en cuyo interior iba la mujer que, sin ella saberlo, estaba haciéndome ganar diez de los grandes.

No era difícil seguirla. Su velocidad era moderada y el tráfico lo bastante claro para mantenerme siempre a una distancia prudencial. Me preguntaba qué aspecto tendría.

Alma Foster, aunque la imaginaba lo bastante bella para haber inspirado una pasión tan profunda en su marido.

Poco a poco comprendí que nos estábamos internando por el distrito comercial de la ciudad. El tráfico era más espeso y las dificultades aumentaban a cada paso. Tuve que redoblar mi atención.

Sin embargo, no nos detuvimos tampoco, a pesar de que si ella quería ir de tiendas estábamos dejando atrás las calles donde estaban las más importantes.

De pronto, el Cadillac giró a la derecha y se internó por unas callejuelas en las que apenas podía moverse. Maldije en voz baja, ya que allí era muy fácil que la mujer se diera cuenta de la persecución.

Advertí, casi sorprendido, que las sombras habían caído rápidamente. Tuve que encender las luces de situación. Mis ojos seguían clavadas en las del Caddy, y de pronto las vi detenerse, maniobrar y desaparecer hacia la izquierda. Pasé de largo. Descubrí el aparcamiento y metí mi Chevy en un hueco, casi rozando las carrocerías de otros dos. Lo abandoné rápidamente para no perder mi presa.

Alma Foster estaba cerrando la portezuela cuando yo me detuve

en la acera para encender un cigarrillo. Y cuando giró sobre sus altos tacones y empezó a andar se me cortó el aliento.

La había imaginado hermosa, pero la realidad superaba todos mis cálculos. Era una mujer de unos veinticinco años, majestuosa en el andar y de formas perfectas, equilibradas. Y en su cara había toda la perfección de un sueño de adolescente.

La seguí a pie, un tanto sorprendido del recorrido que estábamos efectuando. Aquéllos no eran los barrios más indicados para una mujer semejante.

Los hombres se volvían a mirarla, con la expresión de quien duda, de lo que está viendo. Y también las mujeres le lanzaban miradas escrutadoras, quizá envidiándole su elegancia, o tal vez el soberbio tipo de su figura.

Absorbido en su contemplación no advertí que estaba andando por un callejón mal alumbrado hasta que estaba a mitad del mismo. Me dije que el asunto cada vez me gustaba menos... Y algo vino a darme la razón.

Una especie de martillo pilón se abatió sobre mi nuca y un estallido de luces alumbró la noche dentro de mí cráneo. Antes que mi cara diera contra el suelo un nuevo golpe redondeó la faena y yo me olvidé por completo de la dama a quien andaba siguiendo.

Un siglo más tarde, y como si viniera de muy lejos, escuché una voz alarmada que chillaba.

—¡Tiene sangre en la cabeza!

Otra le hizo coro:

—¡Está muerto!

—¡Diablos, muerto!

Traté de abrir los ojos. Vi suciedad y basura rozando mis narices. Sacudí la cabeza y una oleada de dolor me obligó a inmovilizarme otra vez. Unos pasos se alejaron a todo correr.

Seguramente los tipos que me habían encontrado tirado habían tenido un buen susto al verme revivir.

Me senté en el suelo. Tuve que arrastrarme para encontrar el apoyo de la pared más cercana, y allí quedé, agotado por el esfuerzo y soltando maldiciones por lo bajo.

Después, y a medida que recobraba las fuerzas, recobré también la memoria. Me registré los bolsillos para asegurarme de que todo estaba en orden. No me faltaba nada.

O los bastardas que me habían sacudido se habían asustado, o habían sido interrumpidos en su tarea, o no habían querido robarme, sino alejarme de la bella Alma.

Alma. ¿Dónde demonios estaría ahora?

Me incorporé con un esfuerzo y ahogué los gemidos que luchaban por salir al exterior.

El dolor se extendía desde mi cabeza hasta los talones, bajándome por toda la espalda como una culebra juguetona.

Y malditas las ganas que tenía yo de juegos.

Andando como un borracho volví a recorrer el camino a la inversa. A medida que se aclaraba mi cabeza iba dándome cuenta de la importancia que podía tener el ataque de que había sido víctima en relación con los Foster.

Cuando llegué a mi coche, encendí un cigarrillo y traté de serenarme y fijar una línea de conducta para proseguir con el trabajo. El Cadillac de Alma Foster seguía en su lugar, pero muy poco interés podía tener el esperarla. Seguro que regresaría directamente a su casa.

No obstante decidí esperarla. Me arrellané en el asiento y estuve fumando y dándole vueltas al asunto una y otra vez. El dolor era menos intenso, pero la sangre en mi nuca había convertido los cabellos en una masa pegajosa y molesta.

Cuando ella apareció había transcurrido casi una hora. La vi doblar la esquina y dirigirse hacia su coche. Abandoné el mío y me acerqué cuanto pude, pero procurando que ella no me viese.

Se colocó ante el volante, pero no arrancó en seguida. Quedose unos instantes inmóvil, abstraída. Y al verle la cara comprendí lo que Foster había querido decirme con sus palabras. Alma parecía dolorosamente preocupada. Su rostro expresaba dolor.

Al fin sacó lentamente el coche, maniobró y emprendió el camino de vuelta a su casa.

Sólo para asegurarme, la seguí a prudente distancia. Efectivamente, Alma Foster regresaba al hogar.

Pasé delante de la casa cuando ella metía el coche por el portón, y sin perder más tiempo regresé al hotel.

Al recepcionista no le gustó mi aspecto. Tuve que darle una improvisada explicación referente a cierto accidente y eso franqueó un poco su conciencia profesional, pero no me quitó ojo hasta que

desaparecí en el ascensor.

Una buena ducha me despejó. Pude apreciar que el corte en la nuca no era nada importante. Abandoné la ducha, busqué la botella y bebí largamente. Resultó una buena inyección de energías.

Hecho esto, me cambié de ropa, saqué el «38» de la maleta y lo coloqué en la funda axilar y luego sujeté ésta en su lugar. Si lograba echarle la vista encima al amigo que me había sacudido quería tener algún argumento convincente en mi mano. Y no hay mejor argumento que un «38» cuando uno sabe lo que tiene que hacer con él.

Satisfecho con mis preparativos abandoné de nuevo la habitación.

CAPÍTULO III

Encontré el número del teléfono de los Foster en la guía, y llamé desde la cabina de un bar. Tuve que convencer a un puntilloso sirviente de que se trataba de algo realmente importante para que me permitiese hablar con Anthony Foster. Al fin, la voz de éste sonó por el auricular.

—Aquí Duncan —dije—. ¿Cuándo podemos vernos?

—Esta misma noche. He hablado de ti con mi esposa, Mark... ¿Puedes venir dentro de media hora?

Deduje que ella estaba escuchándole, de manera que, para acostumbrarme, seguí en la misma tónica.

—Me complacerá mucho conocer a tu esposa. Tony. Estaré ahí dentro de media hora.

—No te retrases.

Colgó. Pensativo, regresé al mostrador y estuve saboreando el *whisky* mientras mis pensamientos volaban por variados derroteros.

Iba a conocer a Alma. Bien, eso estaba muy bien. Pero... ¿Qué lograba con ese contacto? Como no surgiera algún imprevisto no veía manera de adelantar un paso.

Tuve que confesarme que toda mi experiencia en investigaciones no me servía para maldita la cosa en esta ocasión.

Pedí otra ración de *whisky* y dejé pasar el tiempo.

Llegué ante el portón de los Foster treinta minutos después. A mi primera llamada apareció el criado negro, que me franqueó el paso. Recorrí casi media milla de jardín antes de detenerme frente a la casa.

Foster me esperaba de pie en lo alto de la escalinata, que desembocaba en un porche sostenido por gruesas columnas de mármol. La casa era de estilo colonial, perfectamente conservada.

Habían enterrado una montaña de billetes en su construcción.

El dueño de semejante palacio estrechó mi mano al mismo tiempo que me guiñaba un ojo.

—Creo que será bien recibido —susurró, señalando el interior de la casa con un gesto de cabeza.

—Así lo espero.

Entramos. Yo estaba preparado para ver magnificencia por todas partes, pero comprobé al instante que me había quedado corto. La riqueza imperaba por doquier. Los menores detalles revelaban un gusto exquisito y me pregunté si ese gusto sería el de Alma Foster.

Ésta se encontraba en el salón, esperándonos. En cuando entramos me sonrió con una cordialidad de perfecta anfitriona.

—Tony me ha hablado mucho de usted, Duncan... —dijo como saludo, después de las presentaciones.

—También a mí me ha hablado de usted, señora —repliqué, y añadí, sonriendo—: Y lo ha hecho en tales términos que por primera vez he lamentado estar soltero.

Rió. Su alegría era deliciosa y parecía sincera. ¿Dónde estaba el misterio en esa mujer, cuya belleza turbaba incluso a un tipo como yo, acostumbrado a poner cara de palo a cualquier circunstancia?

Tony soltó algunas frases dando a entender lo mucho que nos habíamos apreciado en otros tiempos y preparó las bebidas. Noté que Alma me miraba con fijeza cuando creía que yo no me daba cuenta. Sin embargo, no pude sorprender en ella ningún signo de inquietud, de amargura ni de sospecha respecto a mí.

—¿A qué negocios se dedica? —inquirió en un momento de la conversación—. Tony no lo ha especificado.

Yo ya había pensado la respuesta para esta pregunta.

—Terrenos —dije—. Compró y vendo tierras, pero no de labor, sino para construcción.

—Comprendo...

Seguimos la charla. Una charla insulsa y llena de lugares comunes, aunque mantenida con exquisito tacto por la dueña de la casa.

Llevábamos así una media hora cuando Alma se excusó y abandonó el salón.

—¿Qué le parece? —quiso saber Foster.

—Una mujer encantadora, sin duda alguna. Pero no se nota

ninguna inquietud en ella...

—Yo le he advertido que...

—Lo sé, lo sé —corté secamente—. He tenido la evidencia de que algo no marcha bien aquí.

—¿A qué se refiere? ¿Sabe adónde ha ido Alma?

Había ansiedad en su voz.

—No. Alguien me ha impedido seguirla hasta el final.

Expresó su asombro, pero más se asombró cuando le hube contado mi aventura de la tarde. Se inquietó mucho más de lo que ya estaba, pero eso no me importa. Añadí al final:

—Necesito saber en qué Banco tiene ella su cuenta particular. También quiero saber si recibe llamadas telefónicas de gente que no sea habitual en la casa, o sea, que no estén debidamente justificadas. ¿Cree poder conseguir eso?

—Lo del Banco es fácil. Pero las llamadas...

—Siempre que esté usted en casa puede estar alerta por si se producen. Inmediatamente me advertirá a mí. Y cuando usted no esté, puede encargar a algún sirviente de confianza para que vigile en su lugar. Después de todo, es en bien de su mujer.

—Lo intentaré, aunque no me gusta mucho todo esto... ¿Por qué cree usted que le han golpeado, Duncan?

—Para impedirme seguir a Alma, no hay duda sobre esto. Lo que quisiera saber es si ella está enterada de esa agresión...

—¡No diga tonterías! —saltó Foster, indignado—. ¿Cómo va ella a saber...?

—No se precipite...

Me interrumpí. Alma regresaba. Nos sonrió a los dos y fue a sentarse en la misma butaca que había ocupado.

Y noté el cambio en ella tan claramente como si se hubiera puesto una máscara. Me desconcertó. Su sonrisa era mecánica, fría y distante como una mueca. Y en sus ojos había una mirada vacía, como si detrás de sus pupilas hubiese un profundo abismo.

Foster lo notó también y me miró a mí, como para asegurarse de que me había dado cuenta. Insensiblemente comprendí entonces la preocupación de mi cliente, la inquietud que le había empujado a pedir ayuda.

Sin que se hubiera pronunciado una palabra relativa al cambio, se había establecido una atmósfera pesada, de violencia casi entre

nosotros. Era algo que no lograba explicarme.

Fingiendo no advertir nada de esto, seguí manteniendo una conversación trivial con Tony, y poco después me levanté, acercándome donde estaban los licores. Mientras me escanciaba el *whisky* en mi vaso hice una seña a Foster para que se acercase. Alma no podía vernos desde donde estaba sentada a menos que volviese la cabeza.

Tony miró su vaso, donde todavía quedaba casi la mitad de licor. Lo vació de un trago y comentó:

—Creo que voy a repetir...

Vino hacia mí pausadamente. Empezó a prepararse su bebida.

Yo murmuré, muy bajo:

—Déjeme a solas con ella.

Vaciló, mirándome asustado.

—Algo ha sucedido mientras ha estado fuera —susurré—. Quiero saber qué ha sido.

Asintió finalmente. Habló sobre su marca preferida de *whisky*, y seguramente estaba barrenándose el cerebro en busca de una excusa para abandonar el salón cuando un sirviente negro asomó la cabeza por la puerta después de llamar discretamente.

—Mr. Donovan está al teléfono, señor —anunció—. He pasado la comunicación a su despacho...

—Bien, James, gracias.

Noté el alivio en la voz del muchacho que se apresuró a salir como si le persiguieran.

Estaba verdaderamente trastornado.

En cuanto se hubo cerrado la puerta me acerqué a Alma, decidido a tirar por la calle de en medio. Pero ella no me dio tiempo.

—¿Quién es usted realmente, Mr. Duncan? Suponiendo que se llama así...

No pegué un respingo, pero yo sé el esfuerzo que me costó.

—Creo que no la comprendo —dije, reuniendo de nuevo mi serenidad.

—No trate de engañarme. ¿Por qué ha organizado esta comedia?

—Sigo sin comprender. Mi nombre es Mark Duncan —intenté que mi voz fuera burlona cuando añadí—: ¿Quiere que le muestre mis documentos, señora?

—No es preciso. Creo que ése es su nombre, pero...

—¿No cree en la palabra de su esposo? —retruqué—. Él me ha presentado a usted como su amigo... Nos conocimos hace mucho tiempo.

—Sí, sí, ya lo sé; en Corea. Pero sigo sin creer en su historia de la compra de terreno y demás. ¿Quién es usted?

—Créame que lamento ese criterio suyo. Alma —dije, franqueándome un poco—. ¿Qué ha sucedido durante su ausencia de este salón para que se hayan despertado en usted esas absurdas sospechas?

Me miró recto a los ojos. Sentí un estremecimiento ante el dolor de aquella mujer. Y me turbó la extraña belleza de la mujer, una belleza aureolada por algo más que la presencia física de su cara y de su cuerpo.

—He visto su coche —murmuró.

Bien, podía haberlo supuesto.

—¿Y qué? —insistí, no obstante.

—Usted ha estado siguiéndome esta tarde. Recuerdo muy bien ese coche y esa matrícula de otro estado.

—Así que lo ha advertido... Debí haberlo supuesto. Es usted una mujer inteligente, y con su sensibilidad afinada por lo que la preocupa.

—A mí no...

—No diga que no hay algo que la atormenta porque no la creeré, Alma. Está bien —afirmé, trazándome una línea de conducta—, la he seguido, o mejor dicho, he intentado seguirla.

Su voz temblaba ahora. Casi se le extinguió al preguntar:

—¿Y ha descubierto el lugar de mi visita?

—No.

Relajó la tensión de sus nervios, como si se hubiese sacudido de encima una tonelada de plomo.

—Quisiera creerle.

—Puede creerlo. La prueba está en mi nuca.

Me miró, sin comprender. Incliné la cabeza ante ella para que pudiera examinar el corte, en el que había algunos cabellos pegados en las últimas gotas de sangre.

—El que ha hecho esto —dije—, es quien me ha impedido seguirla hasta el final de su recorrido.

Me erguí. Había metido la pata. Mi chaqueta estaba abierta, y al inclinarme había quedado al descubierto la culata del revólver. Los ojos de Alma estaban fijos en el arma.

Cuando los apartó de allí los clavó en mi cara.

—No se necesita un revólver para comprar y vender tierras —murmuró secamente.

—No sé distinguir un solar de tierra de otro de arena —confesé—. Mi trabajo es muy distinto. ¿Sabe quién ha sido el amigo que me ha sacudido en la nuca?

—¿Cómo puede creer que yo lo conozco? ¿Pretende acaso insultarme?

—Nada más lejos de mi intención. Pero no hay duda de que me han golpeado para impedirme seguirla a usted hasta el fin. El que haya sido, naturalmente, lo ha hecho para protegerla. Así las cosas, no es descabellado relacionarlo con usted.

Se levantó, indignada. Sus maravillosos ojos destellaban de ira.

—Mi esposo le ha presentado como amigo. Respetando las decisiones de Tony, no le arrojé a usted de mi casa. Pero le agradeceré que salga de aquí cuanto antes, *Mr. Duncan...* y que no vuelva.

Caminó hacia la puerta con la majestad de una reina. ¡Qué mujer!

Acababa de cerrarse la puerta tras ella, cuando volvió a abrirse con cierta violencia y entró Tony, pálido y descompuesto.

—¿Qué ha sucedido, Duncan? Alma no ha querido ni mirarme a la cara cuando se ha cruzado conmigo.

—Tiene usted una mujer muy inteligente, Foster. Debíamos haber contado con esto.

—¿Con qué?

—Ha visto mi coche y ha recordado que esta tarde lo ha tenido pegado a la cola del suyo. La matrícula de otro estado nos ha delatado.

Se derrumbó sobre un sillón, abrumado.

—Comprendo —gruñó—. Eso hace inútil seguir con este asunto.

Yo no estaba dispuesto a renunciar a los diez mil machacantes.

—¿Por qué? El hecho de que ella sospeche que estamos tratando de averiguar su problema no cambia nada. Además, ahora es cuando empiezo a ver la gravedad de lo que hay tras todo esto.

Quiero seguir adelante, Foster. Alma está en un verdadero aprieto, sea el que sea.

Dudó. Mis diez mil estaban en el aire.

Al fin masculló:

—Si ella sospecha que le he contratado... Bien, las complicaciones para mí no han hecho más que empezar. Tendré que afrontar escenas muy desagradables, Duncan.

—Y si su mujer se hunde más en este misterio todavía serán peores.

Levantó la cabeza.

—Siga usted, Duncan. Saque todo lo que pueda y aclare el asunto por los medios que sean. Todo es preferible a esta incertidumbre.

Suspiré, aliviado. Mis diez grandes se habían afianzado.

—Hay algo que quiero decirle, Foster —comenté para animarle un poco—. Estoy convencido de que sea lo que sea lo que su esposa oculta, no es nada vergonzoso. Le causa demasiado dolor para que sea así.

—¿Lo piensa usted sinceramente?

—Sí.

—Gracias, Duncan. Es usted un gran tipo.

Nos despedimos y me acompañó hasta el coche. Allí le recordé:

—No olvide las llamadas telefónicas.

—Pierda cuidado.

Me alejé por el paseo sin poder sacar de mi mente la cara atormentada de Alma. Mi cabeza era un caos, lo cual no contribuía en nada a aliviar el desagradable dolor de mi nuca.

El portón estaba abierto y un sirviente negro esperaba mi salida para cerrarlo. Entonces descubrí el pequeño pabellón a un lado de la gran puerta. Una construcción casi cubierta por las plantas trepadoras. Allí debía residir el portero.

Una vez fuera aceleré y el motor zumbó alegremente al darle lo que quería. También mis nervios necesitaban una válvula de escape.

A correr.

CAPÍTULO IV

El recorrido fue corto para mi gusto. Tuve que reducir la marcha mucho antes de llegar al hotel a causa de un tumulto que obstruía la circulación.

Una multitud vociferante rebullía en una esquina. La violencia se había apoderado de ellos, por cuanto estaban zurrándole la badana que daba gusto. Frené y arrimé el auto a la acera. Otros coches estaban detenidos, y algunos de sus ocupantes corrían a unirse a la gresca.

Por la acera corría gente: gritando insultos que no conseguía comprender. Todos iban a tomar parte en la batalla campal. ¿Qué demonios significaba aquello?

De pronto lo comprendí. Una escaramuza racial sin lugar a dudas. Eran dos bandos en lucha. Por algún, motivo, seguramente estúpido, se habían liado a tortazos blancos contra negros. Y estaban dándose a gusto.

Como a mí no me iba nada permanecí en el coche, contemplando el movido espectáculo a distancia. ¡Qué gente idiota!

Transcurrieron unos minutos sin que se apreciase ningún cambio en el tumulto. Pero de pronto sonó un estampido. Me enderecé. No había contado con los fuegos artificiales.

Un nuevo disparo atronó la calle, elevándose por encima del guirigay de voces. Y una roseta estriada apareció en el parabrisas de mi coche.

Me zambullí sobre la alfombra y me arrastré hacia el lado de la acera. La cosa empezaba a complicarse. Abrí la portezuela y me dejé caer fuera, con el revólver en la mano.

Una nueva bala hizo blanco en algún punto de mi auto. Eso me dio que pensar. Una bala perdida puede venir a darle un susto a

uno. Dos, ya es demasiada casualidad.

Y una tercera que pasó rozando el «capó», aullando de rebote, rompe todas las leyes de lo casual. Atisé por un lado de la carrocería. El tumulto estaba deshaciéndose a una velocidad vertiginosa. Nadie quería saber nada con las armas de fuego. Negros y blancos corrían hacia las esquinas para desaparecer del posible campo de tiro. No se preocupaban ahora de correr separados. La mezcla era completamente antisegregationista.

Sin embargo, el que fuera que estaba tiroteándome, no debía correr, por cuanto un nuevo balazo se estrelló contra la pared donde estaban fusilándome.

El cerdo me tiroteaba desde un coche aparcado al otro lado de la calle, unos veinte metros delante del mío. Sin apuntar, levanté el revólver y empecé a disparar rápidamente, levantándome al mismo tiempo para asegurar el tiro.

Vacíé el tambor del «38», y su ronco bramido contribuyó a despejar los alrededores. En alguna parte se elevó el chillido de un silbato. La ley intervenía.

Salté dentro del coche y lo puse en marcha. Salí zumbando sin preocuparme de nada más que de poner tierra de por medio entre los polizontes y yo. Si había algo que no deseaba, era enténdrmelas con la policía de Summerville... por lo menos de momento.

Hasta que ya estuve lejos no se me ocurrió pensar que el criminal que había intentado liquidarme había enmudecido de golpe. ¿Le habría acertado con alguna de mis balas?

Hice votos para que fuera así.

—Pensé también en el curioso comportamiento de los polizontes. No se había visto uno durante toda la bronca entre blancos y negros. Sin embargo, al sonar los disparos, habían decidido actuar. Muy inteligentes.

Metí el coche en el garaje del hotel. El vigilante se quedó hecho una estatua al ver el parabrisas y el agujero en la puerta del lado izquierdo.

—Me he encontrado en medio de un barullo racial —le expliqué para disipar sus sospechas—. Por poco no lo cuento...

—Me pregunto quiénes son más salvajes —gruñó—. Siempre andan a la greña por cualquier idiotez.

Subí a mi habitación mucho más preocupado que antes de salir

de ella anteriormente.

Un intento de asesinato no es ninguna broma. Y no se mata a un tipo sólo porque su cara no nos guste. Generalmente existe un importante motivo para una determinación tan tajante.

Lo que no comprendía era dónde encajaba Alma Foster en ese importante motivo. Tal vez fuera debido a la impresión que ella me había causado, pero me negaba a considerarla complicada con asesinos. Era demasiado hermosa, demasiado dulce... y había dolor en su mirar.

Me dormí sin haberme podido librar de esa obsesión.

Soñé tonterías toda la noche, y cuando desperté estaba empapado de sudor y en mi subconsciente revivía la escena del tiroteo.

Lo que me había despertado era la llamada a la puerta. Instintivamente eché mano al revólver, y entonces recordé que estaba descargado.

Al diablo con él.

Lo dejé donde estaba y me acerqué a la puerta.

—¿Quién está ahí? —pregunté con un gruñido.

—Por favor, necesito hablar con usted.

Quedé helado. Olvidé los sueños de la noche, el sudor que me atormentaba... Lo olvidé todo.

Porque aquélla era la voz de Alma Foster.

—Un momento —balbucí.

No tardé ni un minuto en cambiarme el pijama por la mitad del traje. Estaba abrochándome la camisa cuando abrí la puerta.

Y allí estaba Alma. Más bella que nunca, mirándome con cierto temor y esforzándose por sonreírme.

Entró sin pronunciar una palabra.

—Cierre la puerta, por favor —pidió solamente cuando ya estuvo dentro.

Cerré. Traté de disculparme por mi aspecto, pero ella cortó el discurso con un ademán imperioso.

—Eso no importa ahora —dijo—. Necesito aclararlo todo con usted... y por eso estoy aquí.

—Muy bien. Pero será mejor que se siente...

Tomó asiento. Llevaba un bolso de mano grande y parecía pesado. Lo colocó sobre su regazo y sin darse cuenta empezó a

retorcer el asa nerviosamente.

—¿Qué es lo que tiene que decirme? —pregunté suavemente.

—Usted es un detective... Tony me lo ha contado todo.

—Si él ha pensado que usted debía saberlo, por mí está bien. ¿Y ahora...?

—¿Cuánto le ha ofrecido Tony por ese trabajo?

—¿No se lo ha dicho él?

—No.

—Pues será mejor que se lo pregunte a su marido, señora.

—No importa... Le ofrezco el doble por abandonar ese encargo. Vuélvase al lugar de donde ha venido, o vaya donde le apetezca, pero deje de trabajar para Tony.

Decididamente el cerrar la oficina había sido un éxito. Me ofrecían dinero en grande por todas partes.

—¿Cree que eso sería decente? —pregunté irónicamente.

—Lo sería para mí.

—¿Tiene usted veinte mil dólares? —indagué con voz suave.

Respingó en la silla y por poco le cae el bolso de las manos.

—¿Veinte mil?

—Su esposo me ha ofrecido diez mil si descubro qué la atormenta a usted. Qué la separa de él. El doble de esa suma son veinte mil.

Había palidecido y sus manos temblaban.

—No puedo —suspiró.

Y levantó la cabeza. Sus ojos se habían cubierto de lágrimas que no lograba contener. Su expresión era patética. Sentí un nudo en la garganta.

Ella prosiguió con voz ronca:

—No tengo ese dinero... ni siquiera la mitad... ¿No habrá nada capaz de convencerle a usted?

—Sí... Hay un camino —afirmé.

Se iluminó su rostro, con una oleada de esperanza.

—¿Cuál? —susurró.

—Cuénteme la verdad de todo el asunto. Dígame qué ha venido a interponerse entre usted y Tony. Qué la entristece y la llena de temor. Y, si está en un apuro, yo la ayudaré a salir de él.

Mucho antes de que yo terminase de hablar ella ya estaba moviendo negativamente la cabeza. Cuando callé articuló con

dificultad:

—No... Nunca lo sabrá. Es... Es espantoso.

—No diga tonterías. Lo sabré más tarde o más pronto. Ése es mi trabajo, y le aseguro que sé hacerlo bien.

—Y si yo le juro que no se trata de nada vergonzoso... que nada de eso atenta al honor de Tony...

—La creeré, pero seguiré trabajando.

El asa del bolso estaba convertida en una cuerda trenzada como resultado de sus nervios.

—No puede usted hacer eso... No puede usted labrar mi desgracia en esa forma... ¿No comprende?

—Espero que sea usted sincera conmigo para comprenderlo. ¿Se trata de un chantaje? ¿Qué es lo que tienen contra usted?

Se levantó de golpe.

—¿Cómo iba yo a poder pagar un chantaje sin que Tony lo supiera? —Me miró, altiva—. ¿No hay nada que pueda hacerle desistir a usted?

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Está bien... Pero sepa que, si tiene éxito, habrá arruinado mi vida... y la de Tony.

—Se equivoca. Trabajo para devolver a usted su felicidad. Me pagan para que disipe la amenaza que pesa sobre usted. Alma...

—No existe semejante amenaza —afirmó, dirigiéndose a la puerta.

La detuve antes de llegar a ella.

—Antes que salga de aquí —dije— quiero decirle algo más. Detrás de usted se mueven unas fuerzas peligrosas. Gentes que no se detienen ante nada para alcanzar lo que ambicionan, sea eso lo que sea. ¿Olvida que me dejaron sin sentido solo para impedirme que fuera detrás de usted?

—Pueden haberle atacado por cualquier motivo.

—No intente engañarse. Anoche intentaron matarme a tiros. ¿Le dice algo eso?

El color desapareció de sus mejillas.

—¡No...! —balbució.

—Eche un vistazo a mi coche y tendrá la prueba. ¿Por qué quieren quitarme de en medio, Alma? Debe ser algo muy importante para atreverse a semejante locura. ¿De qué se trata?

Temblaba. Y también su voz era insegura.

—No puedo decírselo. Ni a usted ni a nadie... Pero no puedo explicarme ese atentado...

Nadie tiene nada contra mí para chantajearme...

—Eso es lo que usted dice.

—Adiós, míster Duncan.

Alargué la mano con un gesto familiar, como disponiéndome a estrechar la suya. Pero en realidad lo que hice fue arrebatarle el bolso antes que ella se diera cuenta de mis intenciones.

Soltó un grito de indignación, pero me separé de ella y lo abrí. Era pesado. Ya me lo había parecido al principio. El contrapeso consistía en una automática europea de pequeño calibre, pero extremadamente segura si sabía emplearse.

Alma vino hacia mí como una furia vengadora. Di un salto de costado, esquivándola.

—No sea tonta —exclamé—. Cuando trabajo lo hago a fondo. He de ganarme mis honorarios. Alma...

Se inmovilizó al ver que no tenía ninguna probabilidad de éxito.

—¡Bastardo! —masculló solamente.

—Algún día cambiará de opinión respecto a mí.

Seguí registrándole el bolso. Contenía toda esa colección de fruslerías con que gustan de equiparse las mujeres. Había también una diminuta guía de teléfonos y direcciones, pero no podía apoderarme de ella.

Iba ya a cerrar el bolso y devolvérselo cuando descubrí un papel arrugado en un rincón, medio cubierto por los demás utensilios de embellecimiento. Lo saqué, desplegándolo.

Y aquí empezó la tormenta.

Alma dejó escapar un gemido de bestia herida y se lanzó sobre mí como una tigresa enfurecida. Sus afiladas uñas se clavaron en mis manos intentando arrebatarme el papel.

Tuve que defenderme precipitadamente. Estaba como loca. Me asusté.

De un empujón la arrojé sobre la cama. El bolso había escapado de mis dedos, pero el papel seguía en mi poder. Lo desdoblé antes que ella reanudase el ataque. En realidad era un sobre muy manoseado y en él había unas señas anotadas. Las grabé en mi mente, así como el nombre de quien debía recibirlo: «Mamie»

Johns.

Alma me cayó encima otra vez, sollozando e insultándome, presa de un ataque de histeria. La sujeté como pude y, tras una corta lucha conseguí inmovilizarla.

—¿Quiere estarse quieta de una vez? —resoplé, empezando a perder la calma—. ¿Qué demonios le ha dado ahora?

No habló ni una palabra. Sólo me miró. Y en su mirada había un odio mortal, un ansia loca de destrozarme entre sus propias manos.

—No la soltaré hasta que se calme. Alma. No me gusta en absoluto todo esto...

Apartó sus ojos de mí. Se derrumbó con la misma rapidez con que se había enfurecido.

Raudales de lágrimas corrieron por sus mejillas y estuvo a punto de caer desvanecida. La sujeté más fuerte, sosteniéndola hasta dejarla sentada en el borde del lecho.

La contemplé unos instantes. ¡Dios, qué hermosa era! ¿Por qué no confiaría en mí de una vez?

—Escúcheme. Alma, y trate de meterse eso en la cabeza. No me importa lo que haya hecho. Sea lo que sea que trata esconder, la ayudaré, la sacaré del apuro. ¿No quiere comprenderlo? Tony está volviéndose loco de ansiedad por usted. Me paga por ayudarles... Y yo soy tan loco que lo haría igual sin un centavo... después de haberla conocido a usted. ¿Quiere confiar en mí?

Podía haberme ahorrado el discurso. Me dirigió una mirada capaz de atravesarme de parte a parte y se levantó. Rápidamente, recogió el bolso, metió en él lo que se había caído y se apoderó del sobre, que yo había soltado para luchar con ella. Lo rasgó en infinitos trozos, metió éstos en el bolso también, y, sin una palabra, sin volver a mirarme, salió del cuarto con pasos vivos. Creo que el portazo se oyó hasta en la calle.

Bien. Había sido una escena como para ponerla en una antología de estupideces. ¿Por qué semejante drama? Por el sobre...

¿Serían aquéllas las señas de la casa que ella visitaba, en sus misteriosas salidas?

¿Quién era «Mamie» Johns?

Demasiados rompecabezas.

Acabé de vestirme y bajé al bar. Tomé un desayuno ligero y busqué un periódico. En primera página venía la reseña de la

batalla campal entre blancos y negros. Naturalmente, según el periódico, la razón estaba íntegramente de parte de los rostros pálidos. No podía ser de otra manera.

Pero lo que a mí me interesaba era otro asunto. Lo encontré también y me quedé petrificado de asombro.

Dentro de un coche se había encontrado a un hombre muerto a balazos. Tres plomos habían dado cuenta de él. El hombre sostenía en la mano una pistola automática cuando lo habían hallado, lo cual demostraba, según el periodista, que se había defendido del bárbaro ataque negroide. Los negros se lo habían cargado.

¡Qué águilas escribiendo! El coche con el pistolero muerto estaba a casi dos travesías del lugar de la trifulca.

Bueno, eso era una suerte para mí de todas formas. Mientras cargasen el mochuelo a los morenos me dejarían en paz. Lo importante de momento era no sacar el coche del garaje. Los impactos de las balas podrían poner ideas raras en las cabezas de los polizontes de Summerville.

Dejé el bar y me eché a la calle. Una vaharada de calor me azotó el rostro como una bofetada. Si el asunto duraba mucho iba a deshidratarme como un copo de nieve en un horno.

Anduve un rato, reflexionando. Acabé por entrar en una papelería y compré un plano de la ciudad. Allí localicé la calle mencionada en el sobre de Alma. Suspiré, satisfecho.

Estaba en el barrio que ella había visitado cuando yo andaba siguiéndola.

Media hora más tarde estaba ante la casa, aspirando un millón de olores distintos y todos malos. La calleja semejava la sucursal de un estercolero.

La casa que me interesaba era vieja y cochambrosa, seguramente construida en los inicios de la esclavitud, con la fachada cuajada de pequeñas ventanas distribuidas a diferentes alturas. Por dentro debía ser una especie de colmena.

Apenas se veía ningún blanco por aquellos barrios. Negros con toda la gama de pigmentación en sus pieles deambulaban, al parecer sin rumbo fijo. Sólo una cosa tenían todos ellos en común: sus rostros, con expresión taciturna y reconcentrada.

Vacilé un instante antes de atravesar el portal de aquella casucha.

Dentro hallé más escaleras empinadas, pero nadie que pudiera guiarme. Me decidí a llamar a la primera puerta que encontré.

Tardaron una eternidad en abrir. Una cara negra como el carbón atisbó por la rendija.

Se asustó al verme. Yo no sabía si era un hombre o una mujer.

—Busco a «Mamie» Johns —dije amablemente—. ¿Puede decirme qué apartamento ocupa?

—Tercero. Puerta «B».

Cerró de un portazo. Me quedé sin saber si era hombre o mujer. Su voz parecía un chirrido.

Seguí subiendo. Cada vez estaba más perplejo. ¿Qué podía llevar a Alma a visitar semejante vertedero? La imaginé subiendo esa misma escalera. Pensé si se taparía las narices con un pañuelo perfumando para evitar respirar las miasmas que se introducían en mis fosas nasales.

Encontré la puerta que buscaba. Tanteé en busca de un timbre o llamador. No había, pero al apoyar la palma de la mano en la puerta ésta cedió hacia adentro, abriéndose.

Quedé inmóvil, escuchando. El interior estaba oscuro. Distinguía el contorno de algunos muebles tan viejos como la casa, dos o tres puertas y nada más.

—¿Hay alguien aquí? —pregunté, sin gritar demasiado.

Me respondió una especie de gruñido procedente del interior.

Avancé. El gruñido se repitió, y tras él una voz cascada, tan delgada como el filo de una navaja, dijo:

—¿Quién es?

Guiado por la voz traspasé el umbral de una habitación alumbrada por la luz del día.

Había una ventana que daba a la calle, y, al pie de esa ventana, un sillón de orejeras puesto de cara a la luz.

—¿«Mamie» Johns? —pregunté.

Del sillón surgió la misma voz de antes:

—Si... Soy yo... ¿quién es usted? No le veo...

Avancé, impresionado a mi pesar por la fragilidad de la voz y el ambiente opresivo que se respiraba allí dentro. Miré a mi alrededor y capté entonces lo que venía intrigándome desde mi entrada en el apartamento. Éste aparecía limpio como el oro. Todo era viejo, pero estaba cuidado y brillante.

—¿Por qué no me dice quién es usted? —insistió la vocecita.

Me sobresaltó, arrancándome de mi contemplación. Decidido, di la vuelta al sillón, abrí la boca para darme a conocer, y la cerré de golpe, como un cepo, para ahogar la exclamación que pugnaba por escapar violentamente de mi garganta. Sentí un estremecimiento, cual si se me erizase el pelo.

La criatura que estaba sentada en el sillón volvió su rostro hacia donde yo estaba. Tenía dos rendijas por ojos, pero vacías. No tenía pupilas. Era ciega... sin ojos. Estuve a punto de gritar.

—Está usted aquí... —murmuró—. Le «siento»... ¿Qué quiere de «Mamie» Johns?

Bien, había que creer que estaba ante una mujer, aunque no era más que un pequeño pellejo arrugado, sin forma, sin rostro, ya que éste era un amasijo de grandes arrugas entre las cuales se confundía la boca. Pero lo más terrible eran las rendijas de sus ojos...

Ciega. Pero una ceguera terrible.

—Mi nombre es Duncan... —balbucí con voz insegura.

—Duncan... ¿Qué Duncan?... No me acuerdo de usted...

—Jamás me ha... —me interrumpió en seco.

—Termine, hijo —suspiró ruidosamente—. Jamás le he visto. Es natural... Siendo ciega...

—No... Ya., iba a decir que no me conocía. Es la primera vez que vengo aquí, ¿comprende?

—Sí.

—Vengo buscándola a usted.

—Espere...

De entre el amasijo de ropas que la cubrían emergió dificultosamente una mano igual que la de una calavera. La desgraciada ciega era de raza negra, y el contraste de la palma de su mano blanca era mucho más violento que en los demás seres de color que había visto hasta entonces.

—Acérquese —ordenó. Su vocecita tenía un timbre suave, aunque débil como si fuera a romperse.

Me estremecí. ¿Qué diablos intentaba hacer?

—Acérquese —repitió.

Me acerqué a ella. La mano osciló de un lado a otro. La miré, fascinado por aquellos huesos cubiertos de arrugada piel.

—Acerque el rostro, hermano... Quiero «verle» antes de hablar

con usted.

Dudé entre acceder o salir corriendo de allí. Tenía la sensación de que la misma muerte intentaba acariciarme... y la sensación era estremecedora.

Sin embargo aquella voz tenía un extraño influjo.

—Acérquese..., blanco...

Dejé que sus dedos recorrieran mi cara de un lado a otro y de arriba abajo. Me sorprendió la extraña suavidad de aquella mano. Era como si no hubiera huesos en ella.

Cuando acabó, la mano desapareció de nuevo entre los pliegues de la ropa.

—Hable, hermano —murmuró—. Le escucho.

—¿Por qué ha hecho eso? —quise saber.

—Tenía que «verle». Quería saber si era amigo o enemigo. Usted es blanco...

—¿Y...?

—Hermano, usted es bueno... «Mamie» Johns no se equivoca jamás. Hable...

—¿Cómo sabe que soy bueno? Puedo engañarla...

—No puede.

—Muy bien, usted gana. ¿Vive usted sola?

—Sí.

—¿Quién le limpia el apartamento y quién la cuida?

—Una de mis dieciséis biznietas. Se turnan entre ellas, ¿sabe?

No tardará en venir ya...

Pero usted ha venido para otra cosa, no a interesarse por mí...

—Es cierto, pero estoy sorprendido ante usted... ¿Cuántos años tiene?

Soltó una especie de bufido.

—¿Qué importa esto? Hace ya muchos años, muchos, que cumplí cien... ¿Para qué contarlos? Quizá alguno de mis ocho hijos los sepa... pero yo, ¿para qué voy a llevar la cuenta?

—Es usted sorprendente «Mamie»... ¿Puedo llamarla así?

—Sí; usted, sí... Hable.

Aspiré aire. Todo el miedo y la aprensión que había experimentado al ver a la mujer habían desaparecido. Extraño.

—¿Qué viene a hacer aquí Alma Foster?

No se movió. Pensé que no me había oído y repetí la pregunta.

Entonces habló:

—Usted es bueno... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Duncan, Mark Duncan.

—Bien... Usted es bueno, Duncan. Hable de otras cosas... ¡Hay tantos temas de los que ocuparse! Si supiera la de cosas que yo puedo contarle...

—Sólo me interesa lo relativo a Alma Foster. ¿Qué viene a hacer aquí?

—No lo sé.

—Usted lo sabe todo, «Mamie». Tiene que decírmelo. Le juro que es por el bien de Alma.

—No, no es por su bien.

—Le doy mi palabra de que...

—No —dijo secamente—. Usted cree que es por su bien. Usted quiere ayudarla... y va a perderla si no se olvida de ella. Déjela en paz.

—No puedo olvidarme de ella. Hay alguien que intenta hacerle daño... Han tratado de matarme a mí para que no pudiera seguirla y enterarme de su secreto. ¿Comprende?

—Ella no es capaz de hacer daño a nadie...

—¡Oh, Dios! No ha sido Alma quien ha estado a punto de quitarme de en media. Son los que tratan de perjudicarla, los que...

Movió la cabeza de un lado a otro, despacio, y me interrumpió:

—No —dijo—. Ella es buena... es un ángel de bondad, aunque sea blanca. Nadie la dañará. Déjela.

No había nada que hacer. Comprendo muy bien cuando fracaso, y mi entrevista con la frágil ciega era un completo fracaso.

—¿No hay nada que pueda decirle para que cambie de modo de pensar, «Mamie»? —insistí todavía.

—No, hermano... Usted no lo comprende... pero puede hacerle mucho daño a ella sin desearlo.

—Dígame, «Mamie» —murmuré suavemente—. Usted sabía que yo iba a venir aquí, ¿no es cierto?

—Sí.

—Por lo tanto. Alma ha estado aquí esta mañana...

—Sí...

Era desconcertante. En algunas cosas era totalmente sincera, y en otras...

—Supongo que no me dirá por qué ha venido...

—Es inútil, blanco. No se lo diré...

—¿Sabe usted que Alma lleva una pistola en el bolso? Eso indica que está asustada, que tiene miedo de algo. Yo intento protegerla incluso contra su voluntad. ¿No quiere comprenderlo usted tampoco?

Volvió a negar moviendo despacio su diminuta cabeza, casi carente por completo de pelo.

—No.

—Pero ¿sabía lo de la pistola?

—Sí.

—¿Por qué la lleva si no tiene miedo?

—A veces viene aquí de noche... estos barrios son peligrosos para una mujer blanca... tan hermosa.

Estuve a punto de llevarme las manos a la cabeza, desesperado. La centenaria tenía contestación para todo menos para lo que a mí me interesaba. Y de repente se me ocurrió una idea loca y descabellada, casi estúpida. No obstante, la solté:

—¿Tiene Alma sangre negra en sus venas? —pregunté inopinadamente.

La arruga que escondía su boca se distendió un poco y algo semejante a un graznido salió por ella. Supuse que estaba riéndose de mí.

—No sea loco... ¿No ha visto a Alma?

—Sí.

—Pues toque su piel...

Eso era todo para ella. Toque su piel...

—Está bien, «Mamie» —dije, decepcionado—. Hay otros caminos para llegar a la meta. Pero volveré a verla a usted si es preciso.

—Me gustará que venga, hermano... Aunque sea usted un blanco entrometido.

Me encaminé a la puerta, pero antes de haber podido llegar a ella su vocecita me retuvo.

—Duncan...

Volví atrás, plantándome otra vez junto a su sillón de orejeras.

—¿Tiene algo que decirme? —indagué.

—Sólo una pregunta.

Esperé. Ella se tomó cierto tiempo, como si reflexionase profundamente. Hacer funcionar un cerebro más de cien años no debía ser tarea fácil.

—¿Está seguro que alguien quiere hacerle daño a Alma?

La pregunta me desconcertó, como tantas otras cosas en aquella mujer.

—Sí —respondí—. Están dispuestos a matar a quien se interponga.

—Eso es todo... Adiós, hermano...

Salí de allí más apresurado de lo que era de esperar. ¿Qué extraña atmósfera rodeaba a la anciana? Era algo semejante a un halo ancestral y misterioso trasplantado desde lo más profundo de las selvas africanas.

El sudor pegaba mi ropa al cuerpo. Deseaba meterme bajo el agua y dejar que ésta corriera por mi cuerpo y olvidar. Olvidar a la extraña ciega centenaria... Olvidarlo todo.

CAPÍTULO V

Sacar un informe a los burócratas de un Banco es algo más difícil que intentar arrancarle una muela a alguien que no quiere que la muela le sea arrancada. Me costó horas de paciente labor de zapa y soborno, pero al fin lo conseguí.

La cuenta privada de Alma Foster arrojaba un saldo de ochocientos quince dólares con cuarenta centavos.

¿Cómo iba nadie a hacerle chantaje con esa cantidad? Y menos un chantaje tan importante como para justificar mi muerte... No tenía pies ni cabeza.

No obstante, el asunto olía a chantaje desde mil millas de distancia. Tal vez estuvieran preparándolo, atando todos los cabos para que la víctima no pudiera salirse del aprieto si no era pagando, pero aun así tampoco tenía sentido. Los tipos capaces de un plan semejante forzosamente debían estar enterados de las posibilidades monetarias de Alma...

Regresé al hotel, retocé casi media hora bajo la ducha y luego, después de vestirme, cargué el revólver asegurándome de que funcionaba como era debido. Tenía el presentimiento de que iba a necesitarlo muy a menudo durante mi estancia en Summerville.

Comí en el mismo hotel, y estaba terminando cuando entró Foster. Dio un vistazo para localizarme y vino a sentarme a mi mesa tan agitado que daba pena.

—Es preciso hacer algo inmediatamente, Duncan —exclamó sin perder tiempo en saludos.

—¿Qué ocurre?

—Alma...

—La he visto esta mañana —dije.

Respingó, sorprendido.

—¿Cuándo?

—En realidad, ella ha roto mi sueño. Ha estado aquí, en el hotel.

—¡Cielos! ¿Ella ha venido a verle a usted?

—Sí. Según me ha dicho, usted le ha contado todo lo referente a mí y al trabajo que me encargó...

—Es cierto.

—Muy bien. Alma quería que abandonase.

—Ya veo...

Le miré recto a los ojos.

—¿Qué ha surgido de nuevo, Foster?

—Alma... Algo le ha sucedido esta mañana...

—Explíquese.

—La he encontrado llorando, desesperada. La he acosado a preguntas, pero ha sido inútil. No ha querido decirme una palabra de lo que oculta... Sin embargo, según el mayordomo, Alma ha recibido una llamada telefónica esta mañana, poco después de regresar a casa.

—¿Ha podido saber de quién?

—No. Sólo sé que era un hombre. A raíz de esa llamada Alma ha recibido una gran impresión. Se ha encerrado en su habitación y ha estado llorando hasta que yo la he encontrado.

—Bueno, eso indica que empiezan a moverse. Tal vez ahora las cosas cambien para nosotros.

—Tienen que cambiar. No puedo ver a Alma en ese estado, Duncan. Me volveré loco...

—Tómelo con calma. ¿Sabe quién es «Mamie» Johns, Foster?

Dio un respingo en la silla.

—¡No me diga que Alma tiene algo que ver con esa bruja! —exclamó, aterrado.

—Yo no he dicho eso. Sólo le he preguntado si sabe quién es.

—¡Naturalmente que sé quien es! Todo el mundo ha oído hablar de ese vejestorio.

—Yo no —le recordé—. Soy forastero. Hábleme usted de ella.

Intrigado, estuvo tentado de seguir haciéndome preguntas, pero al fin optó por afirmar:

—«Mamie» Johns es una bruja negra, casi una leyenda aquí... Sobre todo para los negros. Creen en ella ciegamente, la respetan y la temen al mismo tiempo. Algunos la adoran como si fuera una

deidad africana... ¡Santo Dios! ¿Quién no ha oído hablar de semejante vieja?

—Usted me cuenta las cosas desde el punto de vista de los morenos. ¿Qué opinan de ella los blancos?

—Bien... Yo creo que la desprecian. Se ríen de las creencias de los negros. Pero en el fondo apostaría el cuello que la temen. Ningún blanco se atrevería a ponerla la mano encima.

—¿Por qué?

—No sé... En parte por temor supersticioso, supongo. Pero en parte también porque temen la posible reacción de los negros. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Perfectamente. ¿Usted la ha visto alguna vez?

—No. Sólo sé que pasa de los cien años y que es ciega. Aparte de eso, todo lo que puedo decir de ella es lo que se ha comentado muchas veces a raíz de ciertos sucesos misteriosos que se le han atribuido.

—¿Sabe usted qué clase de ceguera es la de esa mujer? —pregunté, obsesionado por aquellas cuencas vacías.

—¿Cómo?

—No tiene ojos.

Se estremeció de pies a cabeza.

—Ya lo sé —murmuró, a regañadientes—. Le arrancaron los ojos siendo todavía joven, cuando mató a un blanco que estaba azotando a una hija suya... Pero todo esto me hace suponer que usted la ha visto, Duncan, ¿no es así?

—Sí, he estado en su casa, hablando con ella.

Se removió en la silla, inquieto.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con Alma?

—Todavía no lo sé. Aunque yo de usted no me inquietaría de este modo sólo por eso. «Mamie» Johns no es tan terrible como usted la pinta. Estoy convencido de que se oculta un gran fondo de bondad en ella...

Me miró, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—Usted debe haberse vuelto loco. ¡Meterse en el cubil de esa víbora!

—No sea idiota. No puede hacer daño a nadie. Apenas puede moverse. Pero dejemos esto. He investigado en el Banco también. El saldo de su esposa no llega a novecientos dólares.

—Ya lo suponía.

—¿Seguro que no existe otra cuenta a su nombre?

—Completamente.

—Pues es todo un panorama. Cada vez estoy más seguro de que están preparando un chantaje contra ella. Todo lleva a esta conclusión. Ahora bien, ¿qué dinero piensan sacarle?

—Si eso es cierto deben contar con el mío...

—No lo creo. Si ella empezaba a pedirle grandes sumas usted quería saber para qué las quiere... No, eso no encaja. La única manera de chantajear a Alma es amenazándola con revelar a usted algo que puede dar al traste con su matrimonio. Esa idea puede tener sus variantes, pero el nudo del asunto tiene que ser éste. Llevo muchos años metido en estos trotes para saber lo que me digo.

—Pero usted mismo reconoce que no tiene sentido. ¿Qué dinero van a sacarle si no es el mío?

—Ahí está el problema. Usted me dijo que conoció a Alma en Miami. ¿Era allí donde residía mientras vivió su primer marido?

—No. En Miami vive la madre de Alma... Ella residía en París con su marido.

—¿Cómo se llamaba éste?

—John Doughty.

—¿Qué hacía en París?

—Pues no lo sé exactamente. Estaba relacionado con las galerías de arte o algo así. Compraba y vendía cuadros... Parece que iba muy bien.

—Bueno... ¿Y qué tal tipo era? Imagino que Alma debe haberle hablado de él...

—Sí, muchas veces. Está orgullosa de Doughty. Parece ser que era un perfecto caballero.

La adoró, y, después de dos años de matrimonio con ella, comprendo perfectamente ese sentimiento en él. A Alma sólo puede adorársela cuando se la conoce y se la ama...

Una idea estaba dándome vueltas por la cabeza. Entre las otras que danzaban en busca de encajarse en algún resquicio del misterio, ésta empezaba a cobrar forma.

Decidí que Foster era lo bastante ecuánime para no saltar hasta el techo al oírla.

—Hay algo que me gustaría saber con seguridad —dije.

—Bien, adelante. ¿De qué se trata?

—¿Es completamente seguro que ese primer marido de Alma ha muerto?

No saltó hasta el techo, pero faltó poco.

—¡Cielos! ¿Es que lo duda usted?

—Yo he preguntado primero. ¿Qué seguridad hay de la muerte de ese hombre?

—Supongo que existe el certificado de defunción... aunque yo no lo haya visto nunca. Pero creo a Alma. Su marido está muerto. ¿Qué le hace dudar a usted?

—No se trata de una duda. Pero pienso que ése sería un motivo magnífico para un chantaje. Algo que Alma desearía mantener oculto... sobre todo amándole a usted como le ama.

—No lo creo. No lo creeré nunca —machacó, obstinado.

—Hay que examinar todos los caminos antes de decidirse por uno determinado —dije pausadamente—. Ésa es una posibilidad como otra cualquiera.

—Es perder el tiempo imaginar todo esto —afirmó—. No puede tratarse de chantaje. Alma no tiene dinero suficiente para...

—Pero usted sí.

Abrió la boca como un pez fuera de agua. Cuando logró hablar balbuceó:

—¿Trata de volverme loco? Antes me ha rebatido usted ese argumento.

—Estoy dándole vueltas a una nueva idea. Supongamos que usted muere. ¿A quién pasa su fortuna?

—La mía, íntegramente a Alma. Y en su día también entra en posesión de la correspondiente a mis padres. Soy el único heredero.

—Bien... Eso reduce los motivos...

—No le comprendo.

—Ni falta que le hace —aplasté el cigarrillo en el cenicero y me levanté—. Voy a dejarle a usted. Foster. Y no se preocupe, esto se ha convertido en una cuestión personal para mí. Anoche me soltaron unos tiros... Es algo que me disgusta profundamente.

Se levantó de un salto, pero antes que pudiera hablar me adelanté:

—Están dispuestos a matarme, lo cual demuestra la clase de

alimañas con las que tenemos que luchar. Vaya usted con cuidado también. Foster. ¿Comprendido?

—¿Cree que atentarán contra mí también?

—Tal vez, aunque de otra forma. Si mi idea resulta acertada, usted debe morir en un accidente.

No pareció asustado. El muchacho tenía nervio.

—Yo sabré cuidarme —refunfuñó—, pero tenemos que darnos prisa en terminar con esta situación. Me inquieta terriblemente el estado de Alma.

—Creo que es cuestión de un par de días, Foster. Puedo equivocarme en algunas de mis suposiciones, pero no en todas. Hasta la vista.

Le dejó allí, profundamente preocupado y con el ceño fruncido.

No me detuve hasta la oficina de telégrafos. Después de pensar el texto y rectificarlo varias veces, despaché un cable urgente con destino a París, haciendo algunas preguntas y dando mi dirección del Cecil. Con un poco de suerte podía tener la respuesta el día siguiente.

Después de esto dediqué casi toda la tarde a visitar la mayoría de hoteles de Summerville. Anochecía cuando di con lo que buscaba, viendo que había acertado en mi idea.

El tipo muerto por mí era un forastero. Se había alojado en el hotel Colonial, y el botones recordaba muy bien el coche con matrícula de Miami.

Cité a ese botones en un bar cercano, y cuando terminó su turno compareció allí, atraído por el señuelo de un billete prometido.

Le invité a beber y eso le hizo sentirse importante. Después de probar el *whisky* quiso asegurarse de la parte financiera. Dijo:

—Usted ha hablado de un billete de diez...

—Efectivamente —asentí—, pero antes tienes que ganártelo. ¿Cómo te llamas?

—Charlie.

—Bueno. Charlie. Entrando en materia, te diré que me interesa todo lo que puedas decirme del forastero que murió en un tumulto. Me has dicho antes que su nombre era Crane...

—Eso es, Cass Crane, de Miami.

—¿Cuánto tiempo llevaba alojándose en el hotel?

—Poco más o menos un mes.

—¿Sabes si recibió correspondencia durante ese tiempo?

—No, señor. No lo sé. Eso habría que preguntárselo al recepcionista...

—Está bien, dejémoslo. Supongo que mientras estuvo en el hotel recibió alguna visita o hizo amistad con alguien, ¿no es cierto?

—Un par de veces vino a verle otro hombre... Un tipo alto y recio, con cara de pocos amigos.

—¿Sabes su nombre?

—No señor. No se hizo anunciar cuando llegó.

—Pero ¿le reconocerías si volvieras a verle?

—Seguro.

—Algo es algo... aunque de poco va a servirme todo esto, Charlie. Lo que me dices no tiene ningún valor para mí. ¿Qué hay de mujeres con respecto a Crane?

—Nunca trajo ninguna al hotel, señor, si es eso lo que quiere decir.

—¿Ni vino ninguna preguntando por él?

—Que yo sepa no, aunque pudo venir cuando yo no estuviera de servicio...

—Sí, claro...

Empezaba a decepcionarme. Había cifrado ciertas esperanzas en esa entrevista, y hasta el momento no salía nada de interés.

—La policía habrá estado en el hotel preguntando por Crane, Charlie —aventuré—, y habrán registrado su habitación. ¿No es así?

—Sí, señor.

—¿Se llevaron algo del cuarto?

—No lo creo. Les oí comentar que habían estado perdiendo el tiempo...

—O sea, que todo lo que pertenecía a Crane está en su habitación todavía...

—No, señor. Ya no.

Estuve a punto de soltar una maldición, hasta que el botones añadió:

—El gerente ha mandado limpiar la habitación. Todas las pertenencias de Cass Crane están guardadas en el almacén. Hay dos maletas de buen tamaño...

Bien, después de todo tal vez los diez pavos no fueran desperdiciados.

—Necesito echar un vistazo a esas maletas, Charlie —dije—. Tú vas a llevarme hasta ellas.

Me miró, alarmado.

—¿Cree que voy a jugarle el empleo por diez machacantes?

Su voz era despectiva. Yo acababa de perder varios enteros en su aprecio.

—Nadie te pide semejante cosa —afirmé, tratando de convencerle—, imagino que no habrá un guardián permanente en el almacén. Tú te limitarás a llevarme hasta allí y a desaparecer. Lo demás correrá de mi cuenta.

—¿Y si le descubren?

—Eso es cuenta mía.

—Le advierto que en ese caso le entregarán a la policía sin dudarle un segundo. Y la policía de aquí tiene muy malas pulgas... Están furiosos por el trabajo que les dan los continuos jaleos con los negros.

—Te repito que eso es cuenta mía. ¿Cuándo puedes introducirme en el almacén?

Vaciló. No estaba convencido todavía ni mucho menos. Pero el señuelo de los diez dólares pesaba en la balanza.

Al fin se decidió:

—Cuanto antes mejor, así no tendré tiempo de arrepentirme. Podemos ir ahora si quiere.

—¿Cómo se llega al almacén?

—Entraremos por la puerta de servicio. Hay un pasillo que desemboca en la cocina: la puerta del almacén está en ese pasillo. Todo depende de que no nos vea nadie entrar allí.

—¿No está cerrado?

—Eso no es problema... Y ahora, ¿puedo ver el color de su dinero?

Le pasé el billete. No quiso verle el color, sino que lo dobló, haciéndolo desaparecer en el bolsillo.

Pagué las bebidas y le seguí hacia la puerta. Mientras andábamos le advertí:

—Recuerda esto, Charlie: Si alguna vez echas la vista encima al hombre que visitaba a Crane, trata de saber dónde se aloja. O, si está en algún bar o en cualquier otro sitio, llámame al Cecil. Te ganarás otro cromó como el que acabas de embolsarte.

—Ese negocio me interesa —refunfuñó—. Pero supongamos que no le encuentro a usted en el hotel...

—Dejas el encargo para que yo me ponga en contacto contigo.

Asintió con un gesto. Unos minutos más tarde estábamos en un oscuro pasillo por el que flotaba el típico olor a guisados propio de las cocinas hoteleras. Charlie me dijo que esperase unos instantes y él desapareció por el fondo.

—He birlado la llave sin que me viera nadie —susurró—. La dejaré en la cerradura. Si alguien descubre que ha desaparecido y la encuentra aquí creerán que se le olvidó al último que vino a sacar algo para la cocina, ¿comprendido?

—Okay, Charlie...

Me deslicé dentro y él cerró la puerta. Miré a mi alrededor, viendo montones de cajas, estanterías llenas de conservas y botellas, sacos y muebles estropeados. Localicé las valijas sobre un montón de cajas de *whisky*, al fondo, cerca de un ventanuco de ventilación.

Eran dos maletas nuevas, con cuatro o cinco etiquetas de otros tantos hoteles de Miami. No estaban cerradas con llave. Abrí la primera y comencé a revisar su contenido rápidamente.

El descubrimiento no era como para animar a nadie. Ropas de cierta calidad, camisas, pañuelos y calcetines. Una máquina eléctrica de afeitar y útiles de aseo, y pare usted de contar. Estaba perdiendo el tiempo.

La segunda maleta parecía más prometedora a simple vista. También en ella había un par de trajes y otras ropas, pero aparte de esto también contenía algunos papeles.

Tras examinarlos rápidamente dejé aparte una serie de facturas de hoteles. Por lo visto, Crane guardaba todas esas notas como un coleccionista. Un par de cartas no me dijeron nada. Eran inocentes misivas enviadas por una tal Rosalind, desde Miami, el amor de Cass Crane por lo visto.

Sin embargo, algo encontré. Dentro de un sobre había un documento cuya lectura me hizo dar un respingo. Lo primero que saltó a mis ojos fue el nombre de John Doughty, el primer marido de Alma. Y lo que me dejó estupefacto fue el documento en sí, por cuanto era nada menos que la partida de defunción, expedida en París. Pensé que podía haberme ahorrado el cable que había remitido hacía pocas horas.

No había duda de que el marido de Alma estaba muerto. Muy bien. ¿Con qué diablos querían hacerle chantaje? Mi hipótesis se derrumbaba estrepitosamente.

Doblé el certificado y me lo guardé. Tal vez pudiera serme útil más adelante.

Seguí pasando revista al resto de papeles, sin hallar nada más de interés. Ya estaba a punto de cerrar la valija cuando, en el respaldo de una factura de hotel encontré otro dato que me reafirmó en la creencia de que había un lazo de unión entre Alma, el pistolero muerto y la centenaria ciega. Era solamente una anotación a mano con las señas y el nombre de «Mamie» Johns.

Éste lo dejé en la maleta y cerré ésta.

Cuando abandoné el almacén experimentaba una sensación de acusado disgusto. Tuve que confesarme a mí mismo que, aparte mi convencimiento de que estaba preparándose un chantaje, no había adelantado un paso para su esclarecimiento. Y mi disgusto crecía por cuanto ya no se trataba solamente de ganarme la respetable cifra de diez mil dólares, sino que consideraba la resolución del embrollo como cosa personal, casi como un desafío. Por una parte, habían intentado matarme, y eso era una poderosa razón para ajustar las cuentas a semejante pandilla de bastardos.

Y, en segundo lugar, había conocido a Alma, y había experimentado la extraña sensación del influjo que se desprendía de ella. Deseaba verla sonreír feliz, sin la sombra de la amenaza que, de un modo u otro, pesaba sobre ella.

El conseguirlo ya era otro asunto...

CAPÍTULO VI

Expulsé el sudor con una buena ducha, cambié de traje, sujeté la funda sobaquera bajo la axila y bajé al comedor.

Apenas cené, absorbido por entero en un mar de ideas contradictorias. Mi humor se había agriado desde el mismo momento que me había hecho cargo de este asunto, a pesar de la promesa de una fortuna. Nada de cuanto descubría tenía sentido.

Cuando terminaba de engullir el postre me avisaron que alguien quería hablar conmigo por teléfono.

Era Charlie. Excitado, parecía a punto de sufrir un síncope.

—¡Lo he descubierto! —exclamó en cuanto estuve al aparato. Y añadió, jadeante—: Tiene que venir usted en seguida, señor, antes que lo pierda de vista.

—Está bien, está bien, tómalo con calma. ¿Dónde estás ahora?

—En el *Dandy*. Es un *cabaret* que está casi al final de Irvington Street...

—¿Y el hombre?

—También está aquí. Le he visto por la calle y...

—Está bien, ya me lo contarás luego. Ahí voy.

Salí disparado y llamé a un taxi. Una succulenta propina hizo que el chófer realizara verdaderas maravillas de rapidez, de manera que pocos minutos más tarde hacía mi entrada en el *Dandy*. Éste era uno de tantos *cabarets* de categoría media, con mujeres de mediana categoría y clientela que no llegaba ni a esa clase.

Charlie estaba acodado sobre el mostrador, nervioso y violento como un adolescente en su primera escapada. Fui a colocarme a su lado.

—Sujeta tus nervios, Charlie —le aconsejé—. Cualquiera puede darse cuenta de que escondes algo. ¿Dónde está nuestro hombre?

—Sentado en la tercera mesa a la izquierda del estrado de los músicos... Hay una chica con él.

Pedí un *whisky* con hielo. Cuando el mozo se alejó giré la mirada hasta descubrir la mesa indicada por Charlie. Vi a un tipo extremadamente robusto y con cara de facciones brutales, pequeños ojillos muy juntos y pelo encrespado. Un verdadero gorila.

Como contraste, la mujer que estaba con él resultaba una belleza excitante y provocadora. Todo en ella pregonaba la sensualidad a gritos, desde la cara de pómulos salientes y grandes labios rojos, pasando por el profundo escote y terminando en las piernas enfundadas en ocho o diez dólares de nylon.

—¿Seguro que es ése? —le pregunté a Charlie.

—Completamente, señor. En cuanto lo he visto en la calle lo he reconocido. Siguiéndole he llegado hasta aquí y le he llamado a usted...

—Y te has ganado diez machacantes más —dije, entregándole el billete—. Ahora puedes largarte, Charlie. Lo demás corre de mi cuenta.

Vaciló. Cuando se decidió a hablar, lo hizo con un murmullo:

—Oiga... Me gustaría seguir ayudándole, ¿sabe?

—No puedes hacer nada más por mí. Charlie.

—¿Quién es usted, míster Duncan? ¿Policía?

—¿Has visto alguna vez que los polizontes repartan billetes de diez a voleo, chico?

Sonrió astutamente.

—No, ni siquiera dan la hora. Pero usted...

—Olvídate de mí. Charlie. Es más saludable de ahora en adelante. Te has portado estupendamente. De todas formas, si te necesito alguna otra vez recurriré a ti. ¿Conforme?

—Conforme —aceptó, saltando del taburete—. Espero que eso sea pronto.

Se alejó rápidamente. Tomé mi vaso y debí a pequeños sorbos, mientras observaba a la pareja que me interesaba.

Las cosas no parecían ir muy bien entre ellos. Los ademanes de la muchacha eran violentos, y la expresión de su cara me dio la impresión de estar tensa, como conteniendo una profunda furia.

El gorila replicaba con igual intensidad en cuanto a sus ademanes, pero su rostro no expresaba nada en absoluto. Semejaba

una máscara de cartón.

Tuve tiempo de engullir dos *whiskys* más antes de que la pareja diera muestras de levantar el campo. El hombrón entregó un sobre a la muchacha y ésta se levantó con presteza, todavía con el ceño fruncido. Echó a andar hacia la puerta. Él la siguió. Yo hice otro tanto después de pagar mis bebidas.

Los vi caminando acera adelante cual una pareja de felices enamorados. Atravesé la calle y les seguí desde la otra acera.

Anduvieron cosa de dos travesías y se detuvieron. Permanecieron unos instantes hablando junto al bordillo de la acera, y de pronto ella se inclinó, metiéndose en un rutilante auto deportivo, un dos plazas europeo que debía costar una fortuna. El coche se puso en marcha, alejándose, y el hombre quedó viéndolo marchar. Parecía muy pensativo.

Tuve tiempo de distinguir la matrícula del auto deportivo. Era de Miami. Estaba sobre la buena pista.

Seguí detrás del hombre. Pronto me di cuenta de que andaba en dirección a los peores barrios de la ciudad y la cosa no me gustó nada. Recordé mi primera excursión por un barrio semejante, y casi maquinalmente me acaricié la nuca.

Cambié de acera, para estar más cerca del tipo. Éste dobló una esquina. No apresuré el paso. El momento más peligroso de una persecución es cuando se está cerca del perseguido y éste dobla una esquina. Si ha advertido que le siguen, puede darle a uno un disgusto antes siquiera de contar dos.

Doblé la esquina. Y quedé inmóvil, pegado a la pared. El hombre se había esfumado. En los primeros instantes pensé que tal vez se encontraba escondido en el quicio de alguna puerta, esperando a que yo pasara para caerme encima, pero después la cosa me pareció poco probable.

Por si acaso, cambié de lado y, pegando a las casas avancé cuidadosamente escrutando las espesas sombras. Unos segundos después comprendí cómo había desaparecido mi hombre. Había un estrecho pasadizo negro como el carbón que se hundía entre los edificios. Al otro extremo del pasadizo se adivinaba el pálido resplandor de las luces de otra calle. Por allí debía haberse escabullido el fulano. Maldije en voz baja mi mala suerte.

Ahora, el trabajo sería mío para localizarlo otra vez.

Todavía estaba acordándome de los antepasados del escurridizo tipo, cuando se desencadenó un centelleante revuelo a mis espaldas.

Di un salto, girando sobre mí mismo. Un cuchillo zumbó junto a mi cara, mientras el tipo que lo blandía caía hacia adelante dejando escapar un espeluznante gorgoteo. Me pasó rozando. Su cara me hizo creer que veía visiones. Era el hombre al que andaba siguiendo, pero ahora tenía un enorme tajo en la garganta y un surtidor de sangre le vaciaba el cuerpo de toda energía.

Paralizado de estupor, tardé unos segundos en reaccionar. Pude ver, durante un fugaz instante, cómo un hombre se alejaba corriendo, todavía empuñando la navaja con la cual acababa de cercenar la garganta del tipo que iba a clavarme la suya en la espalda. Se me erizó el pelo al oír los rápidos pasos del fugitivo, porque eran pasos de pies desnudos.

Bien, con pies desnudos o no, a mí no me cabía duda de que acababa de salvarme la vida. Me incliné sobre el granuja que yacía en el suelo, desangrándose. El cuchillo había escapado de sus dedos y descansaba a dos pasos de distancia. La mano que lo había empuñado arañaba el suelo con un movimiento espasmódico, cada vez más lento.

Lo contemplé durante unos instantes, tratando de asimilar lo sucedido, y después le registré rápidamente los bolsillos. Los vacié de cuanto contenían y lo trasladé a los míos sin perder tiempo en examinarlo. Podían sorprenderme en cualquier momento y mi situación sería algo más que comprometida.

Cuando me hube asegurado de que no quedaba nada por sacar, emprendí la marcha por el pasadizo. Mientras andaba me dije que ese mismo camino debía de haber recorrido el tipo que agonizaba en la calleja. Yo estaba dispuesto a apostar que había advertido que le seguían, se había escurrido por el pasadizo a toda velocidad, dado la vuelta al bloque de casas y colocándose a mi espalda se dispuso a liquidarme. Alguien se lo había impedido, aunque maldito si comprendía por qué y quién se había tomado ese trabajo.

Por la calle más iluminada me alejé con paso normal hasta descubrir un taxi vacío. Lo tomé y me hice conducir al hotel.

Entré en mi habitación y me encerré por dentro. Aseguré también la ventana, a pesar del infernal calor, y procedí a vaciar sobre la mesita el contenido de mis bolsillos. Un buen lote.

Dejé a un lado el tabaco, las cerillas y las llaves y concentré mi atención en la cartera.

Así me enteré que el muerto se llamaba Luke Foley, con residencia en Miami, y que se dedicaba al comercio. ¿A qué diablos llamarían comercio en Miami?

También encontré cuatrocientos dólares, un permiso de conducir a su nombre y algunos papeles. Dediqué mi atención a éstos.

Dos de ellos no tenían importancia para mí. En cambio, el tercero que miré ya era más interesante. Era un sobre en cuyo interior había una carta. El sobre iba dirigido a Luke Foley, hotel Royal, Kingston Street.

Saqué la carta. Era breve, e iba firmada por una dama llamada Muriel Bendix. En total, notificaba a Foley que había recibido sus noticias y que aguardaba su llamada para entrevistarse. Acababa la misiva preguntándole si le había acompañado su «socio».

La carta en sí no tenía demasiado valor, pero lo que sí me hizo saltar de alegría fue el remite del sobre en el cual constaban las señas y el teléfono de Muriel Bendix. Imaginé que sería la hermosa desconocida del *cabaret*.

Antes de salir en busca de la dama consulté la guía telefónica y llamé al hotel Royal y cuando obtuve comunicación pedí hablar con Luke Foley.

Esperé casi un minuto. Finalmente, una voz me dijo lo que yo sabía que diría:

—Lo siento, señor, míster Foley no contesta...

—Vaya, es un contratiempo... ¿Qué habitación es la suya, por favor?

—La ciento seis, señor.

—Gracias.

Colgué y salí a la calle. Ya sabía lo que me interesaba.

Un taxi me llevó en unos minutos a las señas del remite. Esperé a que se alejase, encendí un cigarrillo y estudié la casa. No era ningún palacio, pero tenía «clase». Estaba rodeada de un pequeño jardín bien cuidado y las líneas modernas de la construcción pregonaban la mano de un buen arquitecto.

Atravesé el jardín y llamé a la puerta. No había luz en ninguna ventana, pero a mí me tenía sin cuidado si sacaba a la señora de la cama. Tal vez si era así pudiera verla en «negligé», lo cual alegra el

trabajo en ciertas circunstancias.

Pero esperé en vano. Repetí la llamada dos veces sin obtener ningún resultado. Por lo visto, ésa no era mi noche.

Estaba a punto de abandonar, cuando se me ocurrió dar la vuelta a la casa para reconocer el terreno. Uno nunca sabe por dónde tendrá que salir si las cosas se ponen difíciles...

Así descubrí el garaje, en la parte posterior del jardín. Las puertas estaban abiertas y en su interior había un coche deportivo con matrícula de Miami. El coche en el cual se había alejado la dama del *cabaret*.

Empecé a pensar que alguien me estaba tomando la cabellera. Si ella estaba en la casa y no quería abrirme, la cosa se prestaba a muchas conjeturas.

Regresé hacia la puerta, pero entonces tuve la primera racha de buena suerte, o al menos así lo creí entonces. Luego vi lo equivocado de mi apreciación.

Una de las ventanas estaba abierta, y me quedé quieto ante ella, como resistiendo a su invitación. No resistí mucho. Salté por ella y me encontré en un oscuro saloncito. Gracias al resplandor de las luces de la calle distinguía el contorno de los muebles, de manera que pude avanzar sin derribar ninguno.

Eché un rápido vistazo a un dormitorio, un cuarto de baño y en la cocina. No hallé rastro de la provocativa señora del *cabaret*.

Seguí con mi inspección y entré en un segundo dormitorio. Allí sí encontré algo. Creo que el aliento salió silbando de mis pulmones y quedé sin respiración.

Sobre la cama, tendida de través, había una mujer casi desnuda, y terribles arañazos surcaban su cuerpo. No me cabía duda de que estaba muerta. Sus enormes ojos miraban al techo, desorbitados y sin vida. Pensé que debía estar herida en la espalda, ya que las sábanas aparecían manchadas de sangre y en el cuerpo no se veía otra herida que los arañazos.

Avancé despacio hacia ella, aturdido por el descubrimiento. En el primer instante pensé que era la mujer a la que andaba buscando, pero cuando distinguí mejor su rostro comprendí mi error. A ésta no la había visto en mi vida.

Estaba pensando en eso cuando el mundo se desplomó sobre mi cabeza. Creo que ni siquiera experimenté dolor alguno. Un batacazo

demoledor me dejó inconsciente antes incluso de comprender lo que estaba sucediendo. Cuando golpeé el suelo ya flotaba en el país de los sueños.

CAPÍTULO VII

Lo malo vino más tarde. Primero fue una terrible oleada de dolor recorriéndome el cuerpo. Después, cuando intenté moverme, un relámpago pareció cruzar ante mis ojos como resultado de ese dolor multiplicado hasta la locura. Lo vi todo rojo y volví a caer de bruces.

Permanecí quieto, intentando pensar. No lo logré.

Pasaron más minutos. Poco a poco, percibí un acusado olor a *whisky*. Era lo que yo necesitaba, un río de *whisky* para recobrar mis desperdigadas fuerzas.

Volví a intentar un leve movimiento. El relámpago se repitió y algo rojo semejó serpentear ante mis ojos, pero esta vez aguanté firme y seguí luchando por incorporarme.

Gemí y gruñí una catarata de maldiciones. Tras esto, me encontré sentado en el suelo. El olor a *whisky* era mucho más acentuado a medida que me despejaba. ¿Qué demonios significaba esto?

De pronto me di cuenta de que el olor procedía de mí. Pasé la lengua por mis labios resecos, y no encontré gusto alguno. Entonces me di cuenta de que estaba sin chaqueta y con la camisa desgarrada y empapada de *whisky*. De ahí procedía el olor.

Sacudí la cabeza. El mundo se tambaleó con ese sencillo movimiento y a punto estuve de caer de espaldas. Quien fuera que me había tumbado, había tenido la mala ocurrencia de sacudirme justo donde ya tenía un corte como resultado de otra caricia semejante.

Me arrastré hasta encontrar la pared y me icé apoyándome en ella desesperadamente.

Las ideas se resistían a acudir y no lograba recordar qué diantre

estaba haciendo en una casa desconocida.

Pero cuando dirigí la mirada a la cama recordé de golpe. Y el recuerdo puso hielo en mis venas, por cuanto la muchacha muerta seguía allí aunque ahora estaba desnuda del todo.

Sentí grandes mareos y deseé encontrarme a mil millas de donde me hallaba. Hice esfuerzos para pensar con serenidad, pero tardé unos minutos en descubrir la razón de mi estado. Alguien se había tomado el trabajo de romperme la camisa y empaparme en *whisky*, y no se necesitaba ser ningún lince para adivinar el propósito de semejante maniobra. Si me descubrían en compañía de la muchacha muerta, aun el polizone más lerdo advertiría mi aspecto y el de ella, con los tremendos arañazos, y sumaría dos y dos.

El cuatro que le resultase no sería nada bueno para mí.

Sentía un extraño frío en los pies, y al mirármelos descubrí que no tenía zapatos. Los descubrí tirados uno en cada extremo de la habitación. El bastardo que había preparado el cuadro lo había hecho a conciencia.

Tambaleante, recorrí la distancia que me separaba de cada zapato, procurando mantener la vista apartada del cuerpo que ocupaba el lecho. Me calcé. Después me acaricié la cabeza. Se había hinchado una barbaridad. Mis dedos se ensuciaron de sangre y solté un taco en voz alta. Me di vuelta. Mis ojos cayeron sobre el cadáver. Era hora de que empezase a moverme.

Los arañazos eran profundos, heridas hechas con saña, cual si la muchacha hubiese caído en poder de un sádico. Profundas marcas en el cuello delataban la manera como la habían asesinado, pero la sangre en las sábanas lo desmentía.

Con infinito cuidado, puse las manos en ella y la ladeé un poco. No descubrí ninguna herida capaz de haberle causado la muerte, pero en la espalda había más de aquellos arañazos salvajes, de manera que era de ellos de donde había brotado la sangre. Un buen cuadro.

Me sorprendí murmurando palabras sin sentido dirigidas al criminal que había cometido semejante canallada.

Busqué mi chaqueta y la descubrí tirada en un rincón. La distancia hasta ella me pareció excesivamente larga, por cuanto me tambaleaba igual que un borracho. Sin embargo, todo el *whisky* había sido empleado como uso externo, igual que ciertos

medicamentos.

Nunca llegué hasta mi chaqueta. Unos recios golpes en la puerta me dejaron inmóvil, aterrado. El timbre les hizo coro. Más golpes y luego pasos, pesados y precipitados, rodeando la casa.

Me habían cazado.

Luego, una voz anunció con aire triunfal:

—¡Eh, sargento! Aquí hay una ventana abierta.

El sargento respondió:

—Entre usted por ella y venga a abrir la puerta.

Escuché los pasos del policía que acababa de entrar. Luego se abrió la puerta y otros pies sacudieron el entarimado.

El sargento dijo:

—Bueno, veamos qué hay de cierto en todo este lío.

Yo no me había movido. Pensé que estaba acorralado y que para caer en manos de los polizontes no era necesario esforzarme en aparentar que no les había oído. Así es que me dejé caer sentado en una butaca y esperé, acariciándome la parte posterior de la cabeza.

Menos de un minuto después, una cabeza asomó por la puerta. Sus ojos recorrieron el panorama. Abrió la boca como si le faltase aire. Intentó hablar y no pudo. Detrás de la cabeza apareció el resto del guardia. El guardia clavó la mirada en el cuerpo de la muchacha y sus ojos parecieron a punto de saltarle de las órbitas.

Hizo un esfuerzo, boqueó, y una voz muy distinta de la que había empleado anteriormente balbució:

—¡Sargento...! ¡Sargento...!

Los pasos del sargento se acercaron. Entró. Se quedó al lado de su subordinado, tan inmóvil como él.

—¡Santo Dios! —balbució al fin el sargento—. ¡Era cierto!

Reaccionó tardíamente, pero reaccionó. Su mano voló en busca del revólver que colgaba de su cintura, y con el «44» en la mano vino hacia mí belicosamente.

—Así que se la ha cargado, ¿eh, bastardo? —rugió.

Le miré. No despegué los labios.

El guardia se acercó también, con su correspondiente revólver empuñado.

—Apesta a *whisky*, sargento —anunció triunfalmente.

—Ya lo he notado. Después de la juerga, va y la mata. ¡Valiente rata!

Seguí sin despegar los labios. El sargento indagó:

—¿Es usted mudo o qué, angelito?

—Usted me ha dejado mudo —dije.

—Gracioso —rezongó el guardia.

—Están perdiendo el tiempo —les anuncié—. En cuanto lleguen aquí los de la Brigada les echarán a ustedes. ¿Por qué no les llaman de una vez?

—¿Y si nos dice por qué la ha estrangulado, angelito?

—No me gustaba su tipo...

El guardia parpadeó y dio un paso adelante.

—¿Le sacudo, sargento? —preguntó, impaciente para demostrar que él era todo un tipo.

El sargento sonrió:

—No —dijo—. Busque un teléfono y llame a la Brigada, al teniente. Weyler... Él se las entenderá con el amigo. Es especialista en ablandar a esos duros de película.

El guardia salió de la habitación de mala gana. El sargento, sin abandonar el «44», siguió examinando la habitación. Pasó al otro lado de la cama y se inclinó sobre la desgraciada que yacía en ella.

—Lástima de chica —rezongó—. ¿Por qué infiernos tenía usted que hacer esto?

—Manías —dije con calma.

Se acercó otra vez a mí.

—¿Cuál es su nombre?

—Duncan, Mark Duncan. Pero ahórrese trabajo, viejo. Ese teniente de que ha hablado querrá interrogarme él... Aunque sólo sea para lucirse.

—¿De veras? Bien, ¿dónde vive?

—Está usted haciendo el ridículo, pero en fin, el revólver lo tiene usted... Hotel Cecil.

—Forastero, ¿eh? ¿De dónde?

—Birmingham.

Gruñó algo y dejó de interrogarme. Vio mi chaqueta en el rincón y fue hacia ella. La levantó. Pegó un respingo y se inclinó vivamente. Cuando se enderezó de nuevo tenía entre sus manos mi sobaquera con el revólver.

—¿Es suyo? —quiso saber.

—Sí.

—Bien, bien... Imagino que tendrá usted licencia.

—Oh, seguro, sargento. Soy un tipo muy respetuoso con las leyes.

—Se ve a la primera —gruñó, señalando el cadáver.

Me encogí de hombros. El dolor en mi nuca iba extendiéndose rápidamente y toda la cabeza amenazaba estallar de un momento a otro. Sólo imaginar lo que me esperaba me ponía enfermo.

El agente regresó.

—Estarán aquí en pocos minutos —anunció.

Fueron exactamente diez minutos lo que tardaron en llegar.

Entraron en tromba a la habitación. Iban tres tipos inconfundibles, y detrás de éstos hicieron su aparición dos más, armados con todos los trastos necesarios para la investigación técnica.

Uno de los hombres, tras echar una mirada casi indiferente al cadáver, se acercó a mí.

—Soy el teniente Weyler —se presentó—. Espero que no nos hará perder el tiempo.

Asentí con un movimiento de cabeza, aturdido por el dolor que dominaba ahora todo mi cuerpo, extendiéndose por los nervios y los músculos como una inundación.

El sargento se acercó a su jefe mostrándole el revólver.

—Esto es del amiguito —dijo, zumbón—. Asegura que tiene licencia para usarlo.

—¿No la tendrá también para liquidar a muchachas desnudas?

La voz de Weyler era un poco ronca, pero no desagradable. Tenía unos ojos fríos, azules y acerados, pero en ellos se adivinaba inteligencia. Un mentón proyectado hacia delante le daba un aire agresivo.

Los demás sonrieron aduladoramente ante su comentario.

El sargento le informó también de lo que yo había dicho y de sus preguntas. El teniente asentía en silencio, mientras contemplaba a sus acólitos preparar las cámaras fotográficas y los cachivaches para «levantar» las huellas dactilares.

Cuando el sargento calló, Weyler me preguntó:

—¿Tiene algo que demuestre que se llama realmente Mark Duncan, y que posee licencia de armas?

Señalé la chaqueta.

—Si alguien no se ha llevado los documentos, ahí deben estar.

—¿Quién iba habérselos llevado? —rezongó.

Rebuscó en los bolsillos y encontró la documentación. La examinó rápidamente.

—Vaya, vaya —gruñó—. Un «ojo privado»...

Se volvió a mí. Su mirada me taladró.

—¿No le gusta mi profesión? —dije a mi vez.

—Presiento que vamos a tener dificultades con usted, pesquisa.

No dije nada. Él me miró en silencio, fijamente, como calculando el mejor lugar para sacudirme duro. Finalmente, dio la vuelta y se encaró con el sargento.

—Redacte su informe y mándemelo a mi despacho. Pueden marcharse ustedes... No les necesitamos más aquí.

Los dos de uniforme asintieron y desaparecieron de la escena. Entonces volvió su atención a mí.

—Veamos —masculló—. Cuénteme su historia...

Dominando el dolor, se la conté de arriba abajo. Desde mi llegada a la casa, hasta que me habían encontrado los dos polizontes que acababan de largarse.

No le gustó mi relato. Arrugó la nariz, husmeando como un lebel.

—Está usted abarrotado de *whisky*. Eso no encaja con su cuento.

—Naturalmente. El bastardo que me ha dejado tumbado ha vertido por lo menos una botella sobre mí. Pero si se toma la molestia de hacerme analizar la sangre verá que no llevo alcohol dentro.

—Se las sabe todas, ¿eh?

—Excepto algunas, sí.

—Enséñeme la nuca.

Incliné la cabeza. Lo que vio le dio que pensar. De pronto, tuvo una idea. Su rostro se iluminó. Tomó a uno de sus secuaces por el brazo y habló con él. El tipejo asintió y manipuló algo en su maletín. Cuando se acercó a mí traía un sobre vacío y una especie de bisturí.

—Extienda las manos —ordenó.

Lo hice, sin comprender qué se proponía. Pero cuando empezó a escarbar con el estilete bajo mis uñas me di cuenta de la idea del teniente. Éste la confirmó diciendo:

—Si ha inferido usted los arañazos a esa pobre chica, en sus uñas encontraremos sangre y piel humana... Y veremos entonces cómo explica usted una nueva historia...

El tipo que estaba haciendo el trabajo limpió todas mis uñas, una a una. Cuando terminó su expresión era de profundo disgusto.

—Nada, teniente.

—¿Seguro?

—Hombre, sin un análisis... Pero de piel no hay rastro. Y sangre seca... No, estoy dispuesto a afirmarlo. No hay nada.

Weyler se rascó la cabeza, contrariado. Le empezaba a doler el hecho de no poder cargarme el crimen llanamente, sin dudas ni molestias.

Yo comenté:

—Eso ha sido hecho por un aficionado, teniente.

—¿A qué se refiere?

—A dejarme a mí como presunto asesino. El criminal debía estar fuera de sí, medio loco de miedo. Ha pensado que simulando una juerga entre la chica y yo, haciéndome oler a *whisky*, y trayéndoles a ustedes aquí para que pudieran sorprenderme, él quedaba fuera de juego y yo cargaba con el paquete. Un profesional hubiese obrado de modo muy distinto.

—Seguro.

—Usted, por ejemplo.

—Seguro.

Volvió a rascarse la coronilla, pensativo. De pronto se irguió:

—¿Qué andaba usted buscando aquí?

—Hablar con esa pobre muchacha. —Señalé la cama.

—¿Desde cuándo la conocía?

—No la había visto en mi vida. Y ahora no estoy seguro de que sea ella a quien andaba buscando en realidad.

—¿Cómo es eso?

—Mi idea era que la dama a quien yo quería ver era la misma que había visto en un *cabaret*, esta misma noche.

—¿Cómo se llamaba esa dama?

—No lo sé. No sé nada de ella.

Su rostro se ensombreció.

—No trate de confundirme —farfulló—. ¿Cómo sabía que la encontraría aquí?

—Por un retazo de conversación que le he oído —mentí descaradamente—. Estaba en compañía de un hombre. Una de las veces que he estado cerca de ellos le he oído mencionar esta dirección. He creído que era la suya.

—Así de fácil...

—Exactamente.

—Es usted un embustero de campeonato, detective, pero ya lo aclararemos todo más tarde. Vamos a otro asunto. ¿Quién le ha encargado el trabajo que está haciendo?

Sacudí la cabeza.

—Ni hablar —dije—. Me gano el sustento gracias a la confianza que depositan en mi mis clientes. ¿Qué pasaría si a las primeras dificultades los metiera en líos?

—Un asesinato no son «dificultades». Es algo mucho más grave. Bien, ya lo sabré también. ¿Está seguro que esa muchacha no es la que usted vio en el *cabaret*?

—Completamente seguro.

—Huuuummm...

Refunfuñó algo incomprensible y me dio la espalda. Entonces dedicó su atención al cadáver. Suavemente, pasó sus dedos por uno de los brazos... Los mantuvo allí unos segundos y luego los retiró lentamente, como a regañadientes.

—Todavía está tibia... Hace muy poco que ha muerto.

Eso ya lo sabía yo.

Uno de los agentes que andaban revolviendo por toda la casa había sacado un montón de ropas de detrás de un pequeño sofá adosado a un ángulo.

—Deben ser las de la chica —anunció—. Y hay también un bolso...

Weyler tomó el bolso y examinó su contenido. Cuando terminó me dijo:

—Rosalind Gray... Ése era su nombre.

No dije nada. Los ojos del teniente se clavaron en mi, acerados y acusadores. Pero no despegó tampoco los labios. Su ceño arrugado no auguraba nada bueno para mí.

La llegada del forense rompió la tensión. Lo contemplé mientras examinaba el cuerpo con profesional indiferencia.

—Una salvajada —fue todo lo que gruñó durante el examen.

Al terminar dijo:

—No hace ni una hora que ha muerto, teniente. De momento, lo único que puedo decirle es que el criminal es un hombre muy fuerte.

Le ha roto el cuello, y las marcas de los dedos son tremendamente profundas... En cuanto a esos arañazos, casi estoy por asegurar que se los han hecho después de matarla.

Me levanté pesadamente y metí baza:

—Hay demasiada sangre —dije—. Después de muerta no habría sangrado tanto por esos arañazos.

El forense me miró curiosamente.

—Mírele la espalda, amigo. Tiene una herida mucho más profunda.

Empaquetó sus bártulos y salió como si les estuviesen esperando un centenar de cadáveres más para su examen. Los ojos del teniente le siguieron, melancólicos. Entre dientes, masculló:

—A veces me pregunto para qué sirven esos tipos...

—Para destripar a los fiambres —dije.

Volvió a su acerada mirada hacia mí.

—Usted es un tipo listo, Duncan —gruñó—. ¿Por qué no se porta sensatamente y me ahorra trabajo? He ablandado gente mucho más dura que usted, ¿comprende? Puedo hacer lo mismo en este caso, pero eso requiere cierto esfuerzo...

—¿Pretende que le dé facilidades para vapulearme? —pregunté, con cierta burla—. Podría hacerlo de ser culpable. En el presente caso, como dice usted, soy inocente. No espere facilidades por mi parte a menos que usted cambie de actitud para conmigo.

Sonrió aviesamente. No le gustaba nada la situación.

—Listo —repitió—. Va a venir conmigo. Haré que le saquen sangre y hagan la prueba del alcohol... y empiece a temblar si le encuentro el menor vestigio.

—¿Qué hay del porrazo en mi nuca?

—Eso puede tener otras explicaciones además que la suya.

Callé. Era inútil insistir. Él necesitaba una cabeza de turco y yo le venía a la medida, aunque no me cabía duda de que Weyler acabaría actuando lealmente. Era demasiado inteligente para una metedura de pata semejante.

Dio instrucciones a sus hombres y me hizo seña de que le

siguiera. Tomé mi chaqueta y sin ponérmela fui tras él, contemplando con nostalgia mi sobaquera y revólver, que se balanceaban en su mano.

Su coche oficial estaba en la calle, rodeado de curiosos que se habían estacionado frente al jardín, atraídos por la presencia de la policía. Una ambulancia estaba maniobrando para aparcar detrás de un patrullero, cuyo faro rojo seguía parpadeando junto a la acera.

Me instalé junto al teniente en el asiento de atrás. Él ordenó al chófer:

—Al hospital, Joe. Rápido.

Durante el trayecto, Weyler permanece abstraído y silencioso. Su perfil, con la agresiva barbilla proyectada hacia adelante, revelaba la fuerza de su voluntad. Fui yo quien rompió el silencio.

Dije:

—Supongamos que no encuentran rastro de alcohol...

—Hablabamos de otros temas —gruñó.

—¿Como cuáles, por ejemplo?

Me miró. Distendió los labios en una burlona sonrisa.

—Cada cosa a su tiempo, pesquisa. No se ponga nervioso.

—¿Nervioso? Un diablo, nervioso, teniente.

Llegamos al hospital. Weyler ladró unas órdenes y los médicos de guardia se apresuraron a obedecerle, lo que me demostró, por lo menos quienes le conocían, le temían.

Naturalmente, la prueba resultó negativa. Mi sangre estaba limpia y este simple hecho contrarió a Weyler profundamente. Una de las columnas de la acusación se derrumbaba ante sus narices.

—Ya le he dicho que el *whisky* me lo han escanciado por encima, teniente —repetí socarronamente.

—Muy bien, Duncan... En eso gana usted. Veremos en el resto. Va a venir conmigo a mi despacho...

—Comprendo. Focos en la cara, ladridos y maldiciones. Y, de vez en cuando, algún sopapo... ¿Le gusta emplear el tercer grado?

Me sorprendió su respuesta.

—No —dijo.

Me encogí de hombros y le seguí.

Su despacho era un cuchitril mal ventilado que se abría sobre un patio interior. Estaba caldeado y olía a humedad. No corría ni sombra de aire en él. Weyler se despojó de la americana, que tiró

sobre una mesa que contenía una máquina de escribir. La americana le sirvió de funda a ésta, ya que la cubrió. Al lado de la chaqueta dejó caer mi revólver con su funda.

—Siéntese, Duncan.

Allí no había focos de ninguna clase. Ni la actitud del policía era tan belicosa como había sido.

Me derrumbé sobre una silla y suspiré. Miré mi chaqueta.

—¿Puedo fumar, teniente? —pedí.

—Sí.

Volví a levantarme y me acerqué a la americana. Busqué en los bolsillos. Saqué el tabaco y las cerillas. Después miré a Weyler.

No me prestaba ninguna atención, a pesar de que yo tenía el revólver al alcance de mi mano.

Cuando regresé a la silla estaba mucho más tranquilo.

—Podía haber empuñado mi revólver, teniente —comenté.

Encendí el cigarrillo y le arrojé el paquete. Él encendió otro y tras expulsar el humo dijo suavemente:

—Antes he dicho que era usted un tipo listo. De haber echado mano al revólver hubiera demostrado usted que yo era un embustero... En el hospital lo he descargado.

Metió la mano en su bolsillo y dejó caer, una a una, las seis balas sobre la mesa.

—Ya veo...

Sonrió.

—¿Por qué no tratamos de entendernos? Hábleme sobre el trabajo que tiene entre manos.

No respondí en seguida. Cuando lo hice fue con otra pregunta.

—¿No intentará que le diga el nombre de mi cliente?

Vaciló.

—No —convino al fin—. Por lo menos, hasta que no sospeche que tiene algo que ver con el crimen.

—Trato hecho.

Me recosté en la silla, fumé en silencio medio minuto y después empecé a hablar.

CAPÍTULO VIII

Cuando pensé que ya le había dicho lo suficiente callé. Un pesado silencio se hizo en el pequeño despacho, mientras Weyler digería la información.

Encendió otro cigarrillo en completo mutismo. Me miró especulativamente. Finalmente, dijo:

—Bien, si no he comprendido mal, usted cree que se está preparando un importante chantaje contra la esposa de su cliente. ¿Es así?

—Exacto.

—¿Dónde encaja en su idea esa muchacha muerta?

—No lo sé. Yo iba a ver a la mujer que estuvo en compañía de uno de los presuntos chantajistas, pero no la encontré, ya lo sabe usted.

—Quiero los nombres de esa dama a quien pretendía y el fulano que estaba con ella.

Eso me hizo pensar un poco.

—Despacio, teniente —traté de escabullirme—. Si les echa usted mano y les hace escupir cuanto saben, mete usted a mi cliente en el ajo. No creo que eso sea respetar el trato que hemos hecho.

—No diga tonterías. Quiero esos nombres ahora, pesquisa.

—No conozco el del hombre...

—¿Y el de la mujer?

—Muriel —revelé, aunque reservándome el apellido.

—No puede hacerse mucho con el nombre solo... pero si la casa donde hemos hallado a la muchacha muerta le pertenece, debe ser fácil encontrarla.

Descolgó el teléfono y ladró las órdenes oportunas para detener a una mujer llamada Muriel, habitante de la casa del crimen. Yo

pensé entretanto en el coche con matrícula de Miami que había visto en el garaje... y me pregunté dónde estaba Muriel mientras se cometía el crimen.

Weyler colgó el teléfono y alguien llamó a la puerta al mismo tiempo. El que entró fue un agente uniformado, que depositó unos papeles sobre la mesa del teniente, al mismo tiempo que anunciaba:

—Lo han identificado, señor... Las huellas dactilares estaban en nuestros ficheros.

—¿Han identificado a quién? —masculló Weyler, de mal talante.

—Al hombre acuchillado en el callejón.

Mis nervios dieron un salto. El teniente se enderezó.

—¿Quién era? —quiso saber.

—Ahí está la ficha, señor. Un individuo llamado Luke Foley... aunque empleaba también otros nombres. Es una de las fichas que nos remitieron de Chicago hace algún tiempo. Ellos le andaban buscando.

—Ya veo.

Despidió al policía y él examinó la ficha y la hoja adjunta a ella.

—Presunto asesino —murmuró—; y encerrado varias veces por corrupción y atraco. No se ha perdido nada con su muerte.

Dejó los papeles a un lado. Pregunté:

—¿De quién está hablando?

—De un tipo al que alguien le ha rebanado el cuello esta noche...

Pensé rápidamente. Tal vez pudiera aprovechar esa circunstancia en mi favor. Alargué la mano y tomé la ficha, examinando la fotografía adherida a ella. Simulé asombro y casi salté de la silla.

—¡Eh! —exclamé.

Weyler se echó hacia delante.

—¿Le conoce?

—Sí —dije—. Es el hombre que estaba con Muriel en el *cabaret*. Se levantó de golpe, arrebátandome la ficha.

—¿Está seguro?

—Completamente, teniente. Es el mismo hombre.

Contempló la ficha mientras se rascaba la coronilla. Después se sentó pesadamente.

—Lo que faltaba —masculló—. Eso relaciona los dos crímenes...

—Levantó la cabeza y me miró recto a los ojos—. ¿Está seguro de haberme contado la verdad, Duncan?

—Naturalmente.

—No encaja...

—¿Qué es lo que no encaja? —quiso saber.

—El que un tipo al que se busca por asesino pierda su tiempo en un chantaje, que lleva tiempo en prepararlo... Además, esos tipos se especializan en una rama del delito y en ella crecen y mueren, ¿comprende? No van cambiando de trabajo así como así. Lo lógico sería suponer que lo que estaba planeando era un asesinato en lugar de un chantaje.

Yo también opinaba igual, aunque no lo dije. Pensé que seguramente estaban planeando la muerte del marido, o sea de Anthony Foster.

Weyler siguió con su monólogo:

—Ése Foley debía alojarse en algún hotel... Era forastero... ¡Maldita sea! Que siempre me toquen a mí esas papeletas...

Se levantó, fue hacia la mesa de la máquina de escritorio y me arrojó la funda con el revólver.

—Lárguese —ordenó—. Volveremos a hablar cuando tenga algo más que preguntarle.

Sujeté la funda en mi axila, saqué el revólver y me entretuve en cargarlo sin prisas con las balas que él había dejado sobre la mesa. Después lo enfundé y tomé la chaqueta.

—Llámeme al Cecil si desea algo de mí, teniente —dije.

Salí del despacho bastante satisfecho de cómo se había desarrollado ese episodio.

Podía haberme resultado mucho peor si llego a tropezar con un policía tan zoquete como el sargento que había llegado primero a la casa del crimen.

Al llegar a la calle dejé que mis nervios se relajasen, y entonces advertí lo agotado y dolorido que estaba. Mi nuca, a pesar de que en el hospital me habían hecho una ligera cura, repartía latigazos de dolor por todo el cuerpo, de manera que no podía olvidar ni por un segundo que me habían sacudido a gusto.

Pero no podía acostarme todavía. Lo más que me permití cuando estuve en mi habitación fue tomarme una ducha y cambiarme de ropas. Tenía algo que hacer antes de que lo hiciera la policía.

Rebusqué en mi maleta hasta que encontré un pequeño estuche. Había en él media docena de delgadas láminas de acero capaces de abrir cualquier cerradura si se las manejaba debidamente. Pensé que las cerraduras del hotel Royal no serían muy complicadas.

Antes de salir engullí un largo trago de *whisky* directamente de la botella.

Afortunadamente, ahora ya no tenían que hacerme la prueba de la sangre. Repetí el trago y abandoné la habitación.

Un taxi me dejó cerca del Royal, y cuando entré en el hotel lo hice con pasos decididos, como si fuera un huésped cualquiera que regresaba a su habitación. El portero no me prestó atención, y como no tenía idea del piso en que estaba el ciento seis subí por las escaleras.

Resultó una habitación del tercer piso. El pasillo estaba desierto, alumbrado discretamente por unos apliques espaciados.

Di un vistazo a la cerradura. Era del tipo corriente. Elegí una de las láminas del estuche y la introduje, haciéndola trabajar suavemente, sin forzarla. La cerradura cedió casi tan rápidamente como si hubiese empleado la llave.

Me deslicé en la habitación a oscuras y cerré de nuevo. Quedé un instante quieto, tanteando la pared en busca del interruptor.

Y en ese momento surgió la voz.

—Creí que no ibas a venir... Llevo un siglo aquí, aburriéndome.

Era una voz de mujer, una voz profunda y sensual. Al mismo tiempo que hablaba se encendió una luz en la habitación interior, y su resplandor me permitió descubrir que yo me encontraba en una pequeña salita.

Avancé hasta plantarme en la puerta abierta del dormitorio. Quedé inmóvil.

Sobre la cama, cubierta solamente por una «negligé» parecida a una mosquitera, estaba la dama del *cabaret*, la hermosa desconocida que había estado discutiendo con el pistolero muerto.

Se enderezó al verme, con los ojos agrandados por el asombro.

—¿Quién es usted? —balbució, asombrada.

Adelanté unos pasos hacia ella.

—¿Qué importa un nombre? —dije—. La misma pregunta puedo hacerle yo a usted, encanto...

—¿Dónde está Luke?

—¿Foley?

Asintió con un gesto.

—¿Estaba usted esperándolo?

—Sí —iba recobrando la serenidad. No se recataba ante mi descarado escrutinio de cuanto insinuaba su precaria vestimenta. No parecía importarle eso.

—Temo que tarde en llegar...

Se enderezó un poco, apoyándose en un codo. Realmente, era una mujer asombrosamente bella, pero con una belleza compuesta exclusivamente de sensualidad.

No había en ella ni un átomo de espiritualidad femenina. Semejaba una llama viva pronta a convertirse en hoguera.

—¿Por qué? —indagó con suspicacia.

—¿Por qué, qué?

—Por qué tardará en llegar Luke.

—Pues... Algo le ha impedido venir directamente. Creo que ha tenido que dar un rodeo... un largo rodeo.

—Habla usted en enigmas, buen mozo —se descaró, frunciendo el entrecejo—. Hable claro de una vez. ¿Quién diablo es usted, y cómo ha entrado aquí?

—Por la puerta, encanto. Tengo una llave que me ha dado Luke.

Mi embuste tuvo la virtud de preocuparle un poco más de lo que estaba.

—No lo comprendo... Luke no me ha hablado de usted.

—¿Tenía que haberlo hecho?

—Supongo que sí, puesto que...

Se interrumpió. Esperé que siguiera, pero esperé en vano. Pensé que ya habíamos perdido bastante tiempo. Me acerqué a ella y me dejé caer a su lado, en el borde del lecho.

—Vamos a ver si nos entendemos, monada —empecé con voz firme—. Usted es Muriel, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y conduce un coche con matrícula de Miami.

—Sí, pero no comprendo...

—Ya lo comprenderá —le atajé—. ¿Dónde está el coche ahora?

Se sentó vivamente, con lo cual logró que el panorama anatómico que la «negligé» no lograba velar se hiciera mucho más extenso.

—¿A qué viene todo esto? —estalló—. ¿Qué le importa a usted el coche y todo lo demás?

—Eso vendrá luego. Imagino que el coche está en su casa, ¿no es cierto? Hace poco lo he visto en el garaje...

Ella iba de sorpresa en sorpresa. Ése era precisamente mi propósito, desconcertarla para que su mente no pudiera esconderse tras un frío cálculo.

—Si con eso pretende demostrarme lo listo que es usted, amigo, será mejor que cambie de aires —masculló—. El coche está en mi propio garaje. ¿Tiene eso algo de particular?

—Tal vez... ¿Cuándo ha salido de su casa, monada?

—Váyase al infierno, preguntón. Y lárguese de aquí de una maldita vez. Si realmente es usted amigo de Luke, venga cuando esté él. Por mi parte, ya me he cansado de oírle. Vamos, fuera...

Hizo un ademán con la mano como si espantase a una mosca. Me reí de ella.

—Voy a quedarme aquí hasta que usted decida portarse con sentido común, Muriel. Y hasta es posible que eso nos lleve tanto tiempo que la policía nos encuentre juntos.

Pegó un respingo.

—¿La poli? ¿Qué tienen que ver ellos con...?

—Con Luke, monada. La mitad de los estados le andan a la zaga. Creo que quieren preguntarle algo referente a un asesinato. Posiblemente usted sepa algo de eso.

—¿Yo? Usted está loco...

—Baje de las nubes, muchacha. La policía busca a Luke, pero también anda buscándola a usted para que explique de dónde ha salido el cadáver que han encontrado en su casa.

Ahora le había dolido. Palideció y se echó hacia delante. Sus dedos se aferraron a mi brazo cual una garra.

—¿Qué ha dicho? —balbució.

—Lo sabe tan bien como yo. En su propia cama han encontrado a una muchacha asesinada... Una chica llamada Rosalind Gray. Usted la conocía.

—Sí, pero no sabía...

Se interrumpió al darse cuenta de que había cometido una indiscreción, que era lo que yo quería.

—Así que la conocía —dije—. Bien, eso confirma mis ideas,

linda... Rosalind era la amante de Cass Crane, ¿no es cierto?

Se tambaleó. Por lo visto no le cabía en su hermosa cabeza que un desconocido pudiera saber tanto como yo fingía estar enterado.

—Dígame quién es usted... ¿Polizonte?

—Algo por el estilo.

De pronto, recordé que Foley le había entregado un sobre mientras estaban sentados en el *cabaret*. Miré a mi alrededor y descubrí el bolso sobre una butaca.

Ella estaba diciendo:

—No me sacará una palabra más... Muéstreme sus papeles.

—Está usted en un tremendo aprieto, Muriel, lo crea o no. La policía ha dictado orden de captura contra usted en relación con la muerte de Rosalind. Luke ha emprendido un largo viaje... Y en estas circunstancias me pregunto quién le sacará a usted las castañas del fuego.

Me apoderé del bolso antes que ella hubiera advertido mis intenciones. Cuando gritó un insulto contra mí, yo ya lo había abierto y estaba revolviendo su contenido. No había señales de sobre alguno.

Muriel saltó de la cama y vino hacia mí como una furia. Sus pies descalzos no hicieron ruido alguno. Tenía una manera alada de moverse...

La sujeté por las muñecas y la mantuve alejada de mí, mientras luchaba por soltarse.

No cesaba de dedicarme violentos epítetos y sus ojos llameaban de furor.

Al fin comprendió que por ese sistema no tenía escapatoria y cejó de forcejear.

Entonces dije:

—Será mejor que vuelva a sentarse pacíficamente, muchacha. ¿Dónde está el sobre?

Casi saltó. Su mirada reflejó miedo esta vez. Yo había dado con algo, aunque maldito si tenía idea de lo que era.

—No... no comprendo... —balbució.

—Vamos, deje de hacerse la tonta. En el *Dandy* Foley le ha entregado un sobre. Eso es lo que quiero... y lo quiero ahora, Muriel.

—No sé de qué está hablando...

—No haga que pierda la calma, monada. Puedo ser un tipo muy desagradable si tengo motivos para ello. Quiero ese sobre.

Retrocedió hasta que tropezó con el borde del lecho. Se dejó caer sentada y desde allí me minó con ojos cargados de temor.

—Ya no lo tengo —confesó.

—Escuche, Muriel, y métase esto en su dura cabecita. Quiero ese sobre, lo tenga usted o no. Y lo quiero esta misma noche, antes de que amanezca. Le doy un minuto para decidirse. Pasado ese tiempo la entregaré al teniente Weyler. Le aseguro que es un policía muy desagradable.

—Usted no puede hacer eso —susurró con voz desesperada. Estaba perdiendo la serenidad a pasos agigantados—. Yo... yo no puedo entregarle ese sobre... No podría entregárselo aunque quisiera hacerlo...

—¿Por qué?

—Lo he depositado en el Correo... Dirigido a mí misma.

—Eso demuestra lo importante que es su contenido. Hábleme de ese contenido, Muriel. Y hable rápido. La policía puede llegar de un momento a otro.

—Sí... la policía...

—La carta —insistí.

—No sé lo que contiene. Yo me limito a seguir las instrucciones de Luke. Él me ha ordenado echarlo al Correo para que no corriese el riesgo de que alguien pudiera apoderarse de él...

Eso podía ser falso, pero no tenía medio de saberlo a menos de emplear la violencia, y eso era algo que yo no deseaba.

—Está bien, voy a creerla de momento. Vístase.

Pegó un respingo.

—¿Qué?

—Que se vista, y aprisa. Vamos a marcharnos de aquí antes que la policía nos eche la vista encima...

—Usted a quien teme es a Luke —exclamó, triunfalmente—. Si él le sorprende aquí...

—No diga bobadas. Luke ha muerto.

La brutal revelación la dejó muda. Cuando recobró la voz murmuró:

—Muerto...

—Poco después de dejarla a usted. Alguien le cortó el cuello en

un callejón.

Se estremeció y en su mirada se reflejó el terror.

—Usted... —susurró.

—No diga estupideces. Vamos, vístase, rápido.

—¿Con usted delante?

—Seguro, querida. No me fió de usted en absoluto. Y no se haga la ingenua. Todos somos más o menos de la misma categoría.

Tras una vacilación acabó por sacudirse la «negligé», que revoloteó hasta el suelo, y comenzó a vestirse. El cuello de mi camisa encogió tanto que tuve que pasarme el dedo entre él y la piel para respirar. Noté que mis nervios empezaban a flaquear y ella debió notarlo también, con esa intuición que tienen algunas mujeres, porque no se dio maldita prisa en terminar la tarea.

—¿Satisfecho? —preguntó cuando estuvo lista.

—No.

La hice salir delante de mí. En mis ojos seguían danzando imágenes capaces de hacerme dar vueltas a la cabeza.

Pudimos abandonar el hotel sin tropiezos. La obligué a andar a mi lado con paso vivo.

—¿Adónde me lleva?

—No lo sé, pero considero que es pronto todavía para que la policía le eche el guante. Quiero saber algo más... Por ejemplo, quiero que me hable del negocio que planeaban con Foley.

—No sé una palabra. Él y Crane lo llevaban todo. Yo iba a servirle de enlace en el momento preciso.

—Invente algo más verosímil, muchacha.

—¡Pero si le digo la verdad!

La miré. Sus grandes ojos sostuvieron mi mirada con firmeza. O era una actriz consumada, o estaba diciendo realmente la verdad.

—Tengo la convicción de que miente, encanto, pero no veo medio de comprobarlo por ahora. Sin embargo, hay algo más todavía... Tanto Luke Foley como Crane eran forasteros aquí. Ninguno de ellos era capaz de planear nada semejante a lo que llevaban entre manos. ¿Quién les contrató y les hizo venir? Si usted tenía que servirles de enlace debe saberlo.

No noté ninguna reacción en ella. O estaba recobrando la confianza en sí misma al comprender que no pensaba entregarla a la policía, o verdaderamente no sabía nada de lo que los dos

asesinos planeaban. Siguió unos pasos más sin despegar los labios y habló al fin:

—Créalo usted o no, preguntón, no sé de qué está hablando. Foley no me dijo nada de lo que preparaban, aunque sé que pensaban sacar una buena tajada. Dijo que cuando llegase el momento intervendría yo, por lo cual cobraría una parte proporcional de los beneficios. Eso es todo.

—Me gustaría estar seguro de que dice la verdad, aunque sigo opinando que se guarda mucha información, Muriel. Y si es así será peor para usted. La policía le hará escupir cuanto sabe... y serán mucho más bruscos que yo. Aparte, naturalmente, de que el tipo que ha matado a Rosalind, que supongo es quien ha planeado todo el tinglado, no se detendrá ante nada de ahora en adelante. Ha llegado ya demasiado lejos.

Nada dijo a eso. Siguió andando a mi lado en silencio, muy preocupada. Un minuto después murmuró:

—¿Cree que yo también corro un peligro?

—Posiblemente. Usted ha estado en contacto con Foley... Es posible que el criminal sospeche que usted sabe más de lo que le conviene, y en ese caso... Bien, no es difícil comprender qué decidirá.

Se estremeció, pero guardó para sí las posibles opiniones que pudiera tener sobre lo dicho por mí. Sólo despegó los labios para preguntar:

—¿Qué se propone usted hacer conmigo? No vamos a estar toda la noche dando vueltas por esas calles. Además, pronto amanecerá.

—Sé que en algo me ha mentado, Muriel —manifesté suavemente—. Pero a pesar de eso no tengo nada contra usted. Si cree que puede afrontar con éxito a la policía, vaya usted a su casa y déjese detener. En caso contrario es mejor que se aloje en cualquier hotel de poca categoría y espere los acontecimientos. Los polizontes pueden descubrir al criminal entretanto.

—¿Y usted?

—Yo no tengo nada que temer.

—¿No me dirá por lo menos quién y qué es?

—Detective privado. Con eso es suficiente para usted. ¿Qué decide? ¿Regresar a su casa o no?

—No sé nada del asesinato de esa pobre chica... No pueden

acusarme...

—No del crimen. Está demostrado que lo ha cometido un hombre, y muy fuerte además. Pero querrán saber su relación con la muerta... Usted sabrá si puede explicarla satisfactoriamente.

—Yo creo que sí.

—Pues regrese a su casa.

No pareció muy convencida. Había algo que la atormentaba, y al fin lo soltó:

—¿Va usted a revelar a los polis lo que sabe de mí? Me refiero, claro está, a mi amistad con Luke Foley...

—La policía cobra un sueldo para resolver sus problemas, linda. No tengo por qué ayudarles... a menos que usted haya estado burlándose de mí.

—Gracias...

Se detuvo y quedamos mirándonos fijo, indecisos. De nuevo me impresionó la estallante belleza de aquella mujer. Era un permanente desafío para un hombre como yo.

—¿Sabe usted? —dije, casi como pretexto para retenerla un poco más junto a mí—. He violentado la habitación de Foley con la esperanza de registrarla y ver de encontrar alguna pista... Pero después de encontrarla allí, Muriel, he comprendido que mi trabajo era inútil.

—¿Por qué?

—Usted podía entrar libremente en la habitación de manera que cualquier cosa que hubiera habido allí estaba a su disposición. Y Foley no la hubiera dejado al alcance de nadie. Creo haberme formado una idea bastante aproximada del carácter de semejante pistolero y creo que era desconfiado por naturaleza. Habría perdido el tiempo, de no haberla encontrado a usted.

Sonrió forzosamente.

—Espero que volveremos a vernos en otras circunstancias —murmuró.

Alargó su mano. Se la apreté en la mía y la retuve unos instantes.

—Suerte, Muriel —le deseé al fin.

Giró sobre sus altos tacones y se alejó. Permanecí quieto casi un minuto, viéndola alejarse y admirando el perfecto equilibrio de su cuerpo al andar. Lástima de mujer...

Cuando reaccioné advertí que el cielo iba tiñéndose de gris. Estaba amaneciendo y no se veía un taxi ni de muestra. Me encaminé al hotel deseando tumbarme en la cama y dormir tres días seguidos. ¡Vaya caso éste!

CAPÍTULO IX

Cuando desperté, el sol empezaba a declinar. A través de la ventana abierta penetraba un ligero airecillo que mitigaba el calor, no obstante, la habitación estaba convertida en la sucursal de un horno.

Parpadeé, aturdido. Un dolor punzante en la nuca me recordaba las pasadas aventuras.

No era un recuerdo agradable.

Estaba preguntándome qué me había despertado, cuando unos recios golpes en la puerta se encargaron de despejar la incógnita.

Me deslicé fuera del lecho. Había dado órdenes estrictas al recepcionista de que si alguien me llamaba por teléfono le dijeran que no estaba. Habían cumplido la orden, si es que alguien se había interesado por mí, sin embargo el que aporreaba la puerta no había hecho caso de las órdenes. Casi estaba dispuesto a afirmar quién era.

Abrí la puerta. No me había equivocado.

—Esto se llama vivir —gruñó el teniente Weyler penetrando en la habitación como en terreno propio.

Cerré y me apoyé en la puerta, mirándolo mientras intentaba despejar mi cerebro de las telarañas que todavía lo envolvían.

Weyler fue hasta una silla y se dejó caer en ella. Luego descubrió la butaca y cambió de asiento con evidente satisfacción.

—Usted y yo tenemos que hablar, pesquisa —anunció—. Póngase cómodo.

—Quiero ducharme primero.

—¡Al diablo! No me haga perder tiempo.

—Estoy en inferioridad de condiciones, teniente. El sueño me vence.

—Usted adquirió cierta fama a raíz de un caso en que se enfrentó a la policía. Se dejó encerrar para proteger a su cliente...
—Hizo una pausa, sin dejar de mirarme.

Comprendí a dónde quería llegar y la cosa no me gustó. Él añadió con la misma voz falta de expresión:

—Si a su cliente actual le interesa ocultar algo a la policía, sería natural que le contratase a usted, a pesar de haberse retirado del negocio.

—Cerré la oficina, no renuncié a mi licencia. Eso hace que las cosas sean distintas.

—Ustedes, los «privados», son algo parecido a la aristocracia de los investigadores —comentó amargamente—. En cambio, míreme a mí. Llevo una montaña de años en la policía y cada día me hacen las cosas más difíciles. Falta gente y...

—Oiga, Weyler —le interrumpí, anudándome la corbata ante el espejo—. Si me ha tomado por su confidente será mejor que desaparezca de aquí. Yo tengo ya mis propios problemas.

—Seguro, compañero. Pero no tiene que entendiérselas con esos monos negros y los exaltados blancos, siempre en busca de jaleo. Y llevamos una temporada con algaradas diarias...

—Pero eso no pertenece a su Departamento. ¿Por qué se preocupa?

—Porque se necesita gente y se llevan a mis hombres. Tengo que moverme yo personalmente de un lado a otro, aunque sea para enterarme de la hora.

—Está bien, tiene usted toda mi simpatía por todo cuanto está sufriendo. Y ahora, ¿por qué no me dice el verdadero motivo de su visita? Usted no ha venido aquí a desahogar sus amarguras.

Sonrió, me miró, y después se entretuvo en alisar un arrugado cigarrillo y en encenderlo sin prisas. Cuando el humo estaba elevándose hacia el techo soltó calmosamente:

—He visto su coche, Duncan.

—¿Sí?

—Tiene unos agujeros de bala...

—Ya lo sé.

—Y según el encargado del garaje, le hicieron esos agujeros la noche en que hubo un gran tumulto racial...

Pensé no sin cierto reproche que había menospreciado la

inteligencia de Weyler.

Comprendí que me tenía atrapado y me dispuse a enfrentar la nueva situación.

—Es cierto —dije—. ¿Qué es lo que quiere decirme concretamente?

—Quiero que me preste su revólver durante un par de horas, Duncan.

—Hablemos claro. Usted quiere hacer un par de disparos para comparar los proyectiles con otros. ¿No es cierto?

—Ajá.

—Y esos otros fueron extraídos del cuerpo de un ciudadano llamado Cass Crane. ¿Voy bien?

—Perfectamente. Ha acertado el camino. Siga por él.

—Un momento. Dígame primero quién era ése Crane. Después quizá opte por facilitarle a usted el trabajo.

—Empieza a ser hora de que lo haga, Duncan. Me desconcierta usted, ¿sabe?

—Hábleme de Crane.

—Era un pájaro de cuenta. Al igual que Foley, era buscado por asesinato, asalto a mano armada, estupro y algunos cargos más de menor cuantía. Pero nunca se había dedicado al chantaje.

—Un buen historial. ¿Por qué menciona el chantaje precisamente?

—Foley y Crane trabajaban juntos esta vez. Hemos conseguido establecerlo con seguridad. Se habían entrevistado varias veces en el hotel de Crane, aparte de reunirse en bares y *cabarets*. Se les vio una vez en compañía de otro tipo del que no tenemos la menor idea de quién puede ser.

—Ya veo.

—Usted lo mató.

Fue una afirmación rotunda. No me sorprendió que la hiciera. Yo en su caso hubiera obrado tal vez con más dureza.

—Sí —dije.

Y le conté todo el episodio. Me escuchó sin quitarme los ojos de encima, con el ceño fruncido y los labios apretados.

Callé, y él siguió mirándome durante unos instantes. Luego gruñó:

—Es lo que yo suponía. Ahora hábleme de Foley y de cómo

murió...

—¿Cree que también fui yo quien le dio el pasaporte?

—No pero estoy seguro de que sabe mucho más de eso. Vamos, ya que ha emprendido el camino siga por él.

Seguí por ese condenado camino y solté cuanto sabía sobre la muerte del hombre que había intentado acuchillarme. Cuando terminé esta vez no permaneció callado ni un segundo.

—¿No pudo ver nada del hombre que escapó, después de cortar el pescuezo de esa rata?

—No. Sólo sé que iba descalzo.

—Comprendo... ¿No sabe si era negro o blanco?

—Si busca motivos raciales en este asunto, Weyler...

Sacudió la mano con despreciativo ademán.

—No se trata de eso. Pero un tipo descalzo por esas callejas tiene que ser forzosamente un negro.

—Lo siento. No vi de él más que la forma más negra que la negrura del callejón.

Asintió lentamente con la cabeza, mientras permanecía callado unos instantes. Después habló como si pensase en voz alta:

—Por dos veces han tratado de asesinarle. Quieren apartarle del caso que está investigando, lo cual demuestra la importancia que tiene éste. Sin embargo, usted sigue opinando que se trata de un simple chantaje... Es absurdo. ¡Por todos los diablos! ¿No lo comprende? No se moviliza a un par de asesinos profesionales para extorsionar a nadie.

—Es más complicado que todo eso, teniente.

—Todo lo que quiera. Los chantajistas trabajan solos, en la sombra. Y no matan. En el peor de los casos, la víctima se mata a si misma si se ve demasiado estrujada.

Aquí es donde callé. No me interesaba seguir por un derrotero que muy bien podía llevarme a pisar un terreno demasiado resbaladizo en relación con mi cliente.

Weyler se levantó, como si hubiera recobrado de golpe todas sus energías.

—Dígame algo más, pesquisa. Esa Muriel de que me habló, y la dama que encontramos muerta... ¿Dónde encajan en su historia de chantaje?

—Regístreme. Imagino que serian amantes de turno de esos

pistoleros... A propósito, teniente. ¿A quién pertenece el coche que había en el garaje de Muriel?

—¿El deportivo? Está registrado a nombre de Graham... que es uno de los nombrecitos que usaba Foley.

—Ya veo...

—Debería encerrarle a usted, Duncan —masculló entonces—. Pero no lo haré. Por lo menos de momento. Tengo la esperanza de que dejándole suelto precipite los acontecimientos.

Se encasquetó el sombrero blanco y se dispuso a abandonar el cuarto. No voy a negar que yo estaba más que sorprendido. Él añadió:

—Se presentará mañana por la mañana en mi despacho. Quiero que me firme una declaración completa de cuanto me lleva dicho hasta ahora y de algunas cosas más que pienso preguntarle. ¿De acuerdo, Duncan?

—Bien, pero no comprendo qué ventaja espera usted obtener dejándome suelto. Usted sabe que tendría que dejarme de todas formas.

—Precisamente. Pero usted, libre, inquieta al bastardo que maneja este tinglado, o sea, al asesino de la chica. Tal vez decida hacer lo mismo con usted... y nos dé entonces una oportunidad.

Me estremecí. Weyler estaba riéndose silenciosamente. Desde la puerta dijo:

—Hasta la vista, Duncan..., si es que volvemos a vernos.

Salió.

Me quedé helado. El muy cerdo se disponía a utilizarme de carnada.

Bueno, de mí dependía exclusivamente desbaratar sus proyectos.

Tomé un par de cafés y unos emparedados en el bar del hotel y salí rápidamente. Di no pocos rodeos para asegurarme de que nadie me seguía. Finalmente, entré en un bar y llamé a mi cliente.

Foster se mostró algo molesto por haberle tenido tanto tiempo sin noticias. Le atajé y hablé rápidamente:

—No puedo perder tiempo ahora, Foster. Creo que tengo el hilo del asunto y necesito su ayuda. ¿Dónde podemos vernos?

Vaciló.

—¿Tiene que ser ahora precisamente?

—¿Qué hay de malo en que sea ahora?

—Es que... dentro de unos minutos tengo una reunión con nuestro administrador, Donovan, y algunos directores de nuestras empresas. No puedo dejarles plantados después de haberles citado aquí.

—Pero puede retrasar media hora la reunión.

Nueva vacilación. Al fin accedió.

—De acuerdo. Nos encontraremos en el mismo bar de la vez anterior. Salgo para allá ahora mismo.

Fui al bar Neber. Bebí dos *whiskies* y andaba terminando el tercero cuando Anthony Foster hizo su aparición. Vino a sentarse a la mesa, inquieto y apresurado.

—Espero que sea algo importante lo que le ha hecho llamarme, Duncan.

—Creo que lo es. ¿Tiene usted hecho testamento?

Pegó un respingo. Por poco no derribó la silla.

—¿A qué diablos viene eso ahora?

—No puedo entretenerme en darle explicaciones. He de apresurarme si quiero terminar con este asunto antes de que la policía meta sus narices en él.

—¿La policía?

—Naturalmente. Han estado interrogándome... Y, por si le queda alguna duda sobre la importancia del caso, le diré que ha causado ya tres muertes. Y ahora, no me haga perder más tiempo y responda.

Estaba blanco. Sus dedos temblaban cuando encendió un cigarrillo.

—Sí, naturalmente —dijo—. Lo hice poco tiempo después de casarme.

—¿Y sus padres? Supongo que también lo tienen hecho, ¿verdad?

—Sí.

—¿Conoce usted los términos en que está redactado?

—¿El de papá? No, en absoluto.

—¿Y el de usted?

—Mi única heredera es Alma, como es lógico. Sólo en caso de que ella falte mi fortuna pasa a mis padres.

—Ya veo... Supongo que los dos testamentos están custodiados por el mismo procurador...

—Efectivamente. Es el que siempre ha atendido los asuntos de nuestra familia.

—Deme su nombre y señas.

Asombrado, no lograba dominar su nerviosismo.

—¿Para qué?

—Escúcheme bien, Foster —le dije, resuelto—. Va usted a ir al teléfono. Hablará con ese procurador y le dirá que le autoriza a mostrarme los testamentos...

Hizo un gesto de protesta, pero proseguí secamente:

—Los dos testamentos, Foster. Y si hay alguna objeción en el de su padre, pídale permiso a él con alguna excusa. Pero debo saber el contenido de esos documentos esta misma noche. ¿Está claro?

Para él no lo estaba ni mucho menos. Su mirada era furiosa cuando masculló entre dientes:

—Creo que está usted pasándose de rosca, Duncan. No creo que todo esto tenga nada que ver con su trabajo.

—Yo opino que sí. Y quien está jugándose la cabeza en ese trabajo soy yo, Foster. Por dos veces he estado a punto de perderla, y ya empieza a ser hora de acabar con todo el lío. ¿Va usted a hacer lo que le pido, sí o no?

Denegó con la cabeza y luego dijo con voz ronca:

—No, Duncan. No me parece ético...

—¡Oh, al diablo con la ética! ¿Quiere usted terminar con lo que arrastra a su mujer al abismo?

—Naturalmente, pero...

—Pues haga lo que le digo.

—No, Duncan. Tendría que explicar a papá...

—Muy bien —le interrumpí, levantándome—. Considere que he terminado. Esta noche regreso a Birmingham.

Se levantó de un salto, pálido y asustado:

—¡Usted no puede abandonarme ahora! —gritó—. Tiene un compromiso conmigo.

—No grite. Foster. Yo no soy un chupatintas de sus oficinas al que puede vapulear cuando se levanta de malas.

Empecé a salir de detrás de la mesa, dispuesto a marcharme. Foster me sujetó violentamente por el brazo.

—Está bien —gruñó, furioso—. Es usted capaz de plantarme, ya lo veo. Haré lo que quiera.

Volví a sentarme tras sostener un instante su iracunda mirada. Entonces le señalé hacia el fondo del local.

—Ahí está el teléfono. Vaya y llame a su procurador.

Todavía vaciló un instante, pero acabó por irse al teléfono.

Mientras esperaba pedí otro *whisky* para mí y uno para él.

Tardó un buen rato en regresar, lo que me hizo suponer que le costaba convencer al procurador. Finalmente, volvió y se dejó caer desmañadamente en su silla. Sudaba y estaba pálido. Tomó el vaso y se tragó el *whisky* de un trago. Tosió y maldijo a alguien entre dientes. Imaginé que era a mí.

Después dijo:

—Lo he podido arreglar, pero en mi vida he mentido como ahora. Puede usted ir a verlo.

—Dígame dónde vive ese caballero y cómo se llama.

Anoté las señas. Antes de partir le recomendé:

—A partir de ahora. Foster, no intente ponerse en contacto conmigo a menos que se trate de algo tan grave que no haya otro remedio. ¿Comprendido?

—Sí. ¿Cree verdaderamente que atentarán contra mí?

—No lo sé. Lo que sí es seguro es que han intentado liquidarme a mí dos veces, y una tercera casi también. Haga lo que le he dicho.

Lo dejé allí, rumiando amargamente lo sucedido.

Quince minutos más tarde estaba en la oficina de míster Fitzgerald, el procurador en cuestión. En mi presencia, abrió la caja fuerte y tras buscar unos momentos sacó dos sobres de papel manila, uno de ellos bastante más abultado que el otro. A ése dediqué primero mi atención, por ser el de los padres de Foster.

Lo leí de cabo a rabo. Esa lectura me ilustró más que una enciclopedia de veinte tomos.

Después hice lo mismo con el de Anthony Foster.

Míster Fitzgerald me contemplaba durante todo el tiempo como un halcón. Me había advertido a mi llegada que no permitiría tomar ninguna nota y el hombre quería asegurarse de que cumplía este requisito.

Al devolverle los dos sobres, dijo:

—Ahora, míster Duncan, me gustaría saber un poco más de esos poderosos motivos de que me ha hablado el joven Foster...

—Lo siento, señor. No estoy autorizado a revelar nada de todo

esto. Comprenda que es un asunto altamente confidencial...

No consiguió sacarme de aquí, y cuando me acompañó a la salida estaba de mal humor y no intentó siquiera disimularlo. Su despedida fue más bien brusca.

Me alejé. Ahora estaba en condiciones de atar todos los cabos.

Bien, para ser veraz, casi todos. Faltaba desentrañar un par de misteriosos datos y el asunto estaría resuelto.

Mientras andaba se me ocurrió que, estando Anthony Foster ocupado largamente con su reunión, no sería nada raro que Alma aprovechara la ocasión para una de sus escapadas.

La idea fue tomando cuerpo en mi mente y obré en consecuencia. Poco más tarde, ya oscurecido, llegué a las inmediaciones de la casa donde vivía «Mamie» Johns. Busqué un lugar apropiado para observar sin llamar demasiado la atención, y lo encontré en una casa del otro lado de la calle, cuya profunda y oscura entrada resultaba ideal para mis propósitos.

Metido allí, respirando oleadas de miasmas pestilentes, dejé transcurrir el tiempo preguntándome si no lo estaría perdiendo. Sin embargo, seguí quieto, viendo deslizarse de vez en cuando oscuras sombras por la calle.

Y pasaron las horas.

CAPÍTULO X

Hasta que me cansé de esperar. Evidentemente, me había equivocado.

Sin embargo, ya que estaba ante su puerta, pensé que podía muy bien hacerle una visita a la centenaria. Quizá ahora tuviera más suerte y lograra hacerla hablar. Tenía algunos argumentos nuevos en mi poder para conseguirlo.

Atravesé la calle y entré en la casona parecida a una colmena. Como en mi visita anterior, la puerta de «Mamie» Johns estaba abierta y entré, sorprendiéndome al ver una luz encendida en la habitación donde anteriormente había encontrado a la anciana. Ella no necesitaba luz alguna.

Me detuve y pregunté:

—¿Está usted ahí, «Mamie»?

Como respuesta, se escucharon unos pasos y de la habitación iluminada surgió un negro gigantesco de unos cuarenta a cincuenta años. Tenía un tipo soberbio y hebras grises salpicaban su ensortijado cabello.

—¿Qué busca aquí, blanco? —preguntó con profunda voz de bajo.

—Quiero ver a «Mamie» Johns. Estuve hablando con ella y me invitó a volver.

Antes que pudiera responder él, la vocecilla frágil de la centenaria se dejó oír.

—Déjale acercarse a mí, Sam... Se llama Duncan...

Sam se hizo a un lado y entré en la habitación donde había tenido lugar la anterior entrevista. Pero me siguió, pegado a mis talones.

Nada había cambiado. La anciana daba la sensación de no

haberse movido ni una pulgada de donde la encontrara cuando la vi por primera vez. Me situé a su lado y ella movió la cabeza en mi dirección.

—Sam es mi nieto —dijo—; uno de mis nietos...

Miré al soberbio ejemplar. Sam me sonrió mostrándome una deslumbrante dentadura, pero no dijo nada.

Hablé yo:

—Le dije que volvería, «Mamie».

—Y yo le creí... Es usted un perro de presa, hermano...

—Seguro. Tengo algo más de que hablarle respecto a Alma.

—Hable...

Volví a mirar a Sam. Igual que sí ella hubiera podido verme, explicó:

—Sam puede escuchar... yo le he contado todo...

Me encogí de hombros.

—Le dije que Alma estaba en peligro —empecé—. Quieren hacerla víctima de un chantaje y si no paga arruinarán su vida...

La anciana hizo un gesto con la mano, interrumpiéndome.

—Sé que Alma no tiene dinero para pagar...

—Déjeme terminar —pedí suavemente—. Ella no tiene dinero, efectivamente, pero sus suegros han hecho un testamento dejando su fortuna en partes iguales a ella y a Anthony Foster... La parte que le toque a Alma representa varios millones. ¿Comprende ahora?

—Déjeme pensar...

Cayó un pesado silencio. Sam se había acercado y estaba ahora a mi lado, a la expectativa, como si quisiera proteger a su abuela de un posible peligro.

Finalmente, ella murmuró:

—Pero eso será cuando mueran los padres del marido...

—Exacto. Y van a morir muy pronto... asesinados. El que ha planeado esto contrató a dos asesinos profesionales para que hicieran el trabajo. Afortunadamente, esos dos hombres han muerto, uno de ellos bajo mis balas. Pero el cabecilla ha empezado a matar personalmente. Una pobre muchacha ha sido la primera de sus víctimas.

Eso pareció que le hada efecto. Se quedó callada un buen rato. La respiración de Sam brotaba ahora con fuerza de su poderoso pecho.

«Mamie» movió pesarosamente su cabecita cuando habló de nuevo. Dijo:

—Me parece que lleva usted un buen camino, hermano... Ahora le creo... Y también veo por qué quisieron matarle a usted...

—Ya se lo dije cuando estuve aquí.

—Las dos veces.

No comprendí de momento. Pero de pronto se aclaró para mí su comentario y di un respingo.

—Así que sabe que lo intentaron por segunda vez.

—Sé muchas cosas, blanco, pero no sé quién quiere hacer llorar a Alma. ¿Lo sabe usted?

—No, pero tiene que ser alguien enterado del contenido del testamento para haber planeado algo tan perfecto.

—Tiene que estar enterado de muchas más cosas —susurró ella.

—Lo descubriré —dijo con firmeza—. Pero tiene usted que ayudarme. Dígame qué pueden esgrimir contra ella y seguro que comprenderé lo poco que todavía me falta por ver. ¿No cree todavía que quiero ayudar a Alma?

—Sí, le creo...

—¿Entonces...?

Nuevo silencio. Sam se removió, inquieto. No le miré, toda mi atención estaba pendiente de la frágil anciana.

Ésta movió la cabeza suavemente de arriba abajo, como si asintiera a alguna idea, y de pronto ordenó:

—Tú le acompañarás, Sam... quiero que lo vea...

Sam abrió la boca, estupefacto. Protestó:

—¡Pero, «Mamie»! Es un blanco...

—Sí, pero no es de aquí... No odia al negro... lo sé...

—¿Adónde me acompañará Sam?

—No lejos de aquí. Allí lo comprenderá todo... y después juzgará. Y de su juicio dependerá la felicidad de Alma.

Sam gruñó:

—Vamos.

Su abuela le detuvo, ordenándole:

—Allí puedes mostrarle una fotografía, Sam...

—Está bien. «Mamie».

Empezó a andar hacia la puerta. No le seguí todavía. Me incliné hacia la centenaria y murmuré:

—¿Sabe quién me salvó la vida, «Mamie», cuando iban a clavarme un cuchillo por la espalda?

—Si.

—¿Sam?

—No pregunte, hermano... yo pedí que le protegieran... usted lucha para proteger a Alma...

—No quiero saber quién fue, «Mamie». Solamente deseaba aclarar ese misterio para mí.

—Váyase ahora...

Salí en pos de Sam, preguntándome si era él quien había asestado la cuchillada a Luke Faley. Pero el gigante andaba silenciosamente delante de mí y me limité a seguirle en silencio.

Anduvimos unos minutos solamente por aquel dédalo de callejas estrechas y mal alumbradas del barrio negro, hasta que Sam se detuvo y señaló una de las casas.

—Ahí es —anunció—. Sígame.

Entramos. El negro llamó a una de las puertas y ésta se abrió casi al instante. Una negra joven nos miró, y expresó no poco asombro al verme a mí. Sam me hizo pasar y él cerró la puerta.

—¿Dónde está? —preguntó.

Tras una vacilación, la muchacha murmuró:

—Duerme.

—Bien, no le despertaremos... Sólo verlo...

Agarró mi brazo y me llevó con él a una habitación. Había una cama pequeña, y en ella, durmiendo, un chiquillo de unos cuatro años, tal vez menos.

Estupefacto, miré a Sam. Él me empujó hacia la camita.

—Mírelo —ordenó rudamente.

Me incliné sobre el niño. Entonces descubrí en su rostro, ligeros aunque inconfundibles rasgos de su sangre negra. Me estremecí al comprender.

—Luz, Sam —pedí.

Accionó una perilla y una pequeña luz brilló junto a la cama. El color de su piel no era negro, pero tampoco blanco. Tenía ese tono claro, un poco tostado, de algunos mestizos en los que ha dominado la sangre blanca.

Sam apagó la luz y me empujó fuera de la habitación. Una vez en la salita, se acercó a un mueble, abrió un cajón y sacó una

fotografía, que me entregó rudamente.

—Éste fue el padre del niño.

La foto era de un hombre joven, mestizo también, pero con una rara perfección en sus facciones. Solamente sus labios y cabello tenían reminiscencias de su raza. Resultaba una cara de rasgos nobles, correctos y atractivos. Miré a Sam por encima de la fotografía.

Él dijo:

—Se llamaba John Doughty.

¡El primer marido de Alma! El hombre con el cual se había casado en París.

Al fin estaba claro el motivo del chantaje. Si en un lugar como Alabama, en plena efervescencia racial, alguien revelaba ese secreto, Alma estaba perdida y su vida con Foster destruada. ¡Claro que su mirada expresaba dolor cuando creía que no la veía nadie!

Sentí una profunda compasión y simpatía por ella. Pensé en el problema que se me presentaba ahora, pero la voz de Sam volvió a arrancarme de mis reflexiones.

—John Doughty era biznieto de «Mamie» Johns...

—Ya veo... ¿Puedo guardarme esa fotografía, Sam?

Asintió con un gesto y tras esto abandonamos el piso.

Ya en la calle, el negro explicó:

—El niño ha vivido siempre en París, con esa muchacha que lo cuida. Cuando vino, lo llevaron a casa de «Mamie», a donde iba a verlo Alma cuando podía... Pero ella ama profundamente a su esposo. Sufre entre el amor de él y el de su hijo, al que adora...

—Puedo comprenderlo todo perfectamente ahora, Sam. Le prometo que haré cuanto pueda por Alma. Y ahora se me ocurre algo más... El bastardo que trata de hacerle chantaje, aparte de tener acceso al testamento, tiene que haber vivido en París para estar enterado de semejante secreto.

—Seguramente.

Estreché la mano del negrazo y nos separamos. Ahora comprendía también el interés de la anciana «Mamie» en el asunto, y su casi devoción por Alma. Ésta era una bella mujer blanca que había amado a su biznieto... Uno de sus biznietos, como diría ella.

Algo había que hacer, y pronto, pensé, mientras llamaba a un taxi.

CAPÍTULO XI

La fotografía de John Doughty campeaba, solitaria, sobre la brillante superficie de la mesa del despacho de Anthony Foster. No había nada más a su alrededor. Era como una desafiante bandera de combate desplegada a todos los vientos.

Detrás de la mesa, hundido en su sillón, estaba el propietario de la casa, Anthony Foster, mirando la fotografía con tal intensidad que cualquiera podía creer que trataba de atravesarla con la mirada.

Ante él, del lado de acá de la elegante mesa escritorio, me encontraba yo, de pie y sin perder de vista a mi cliente. Sentía la boca seca de tanto hablar. Había llevado la voz cantante durante más de veinte minutos, poniéndole al corriente del asunto.

Y, derrumbada en una butaca, con la cara oculta en sus manos y sollozando con desesperación, estaba Alma Foster, totalmente destrozada.

Ésa era mi obra.

Pero también el cirujano tiene que cortar, extirpar y destrozarse para curar.

Yo confiaba que mi cura fuese también satisfactoria.

Lentamente, Foster levantó la cabeza. Sus ojos inyectados en sangre se clavaron en mí con la misma intensidad con que habían mirado la foto.

—Después de esto, Duncan —farfulló, ahogándose—, no sé si alegrarme o maldecirme por haberle contratado a usted.

—Felicítese. Foster —dije—. He salvado la vida a sus padres... y he desvanecido la amenaza que pesaba sobre su esposa. ¿Qué más quiere?

—¡A qué precio. Dios santo! —gimió—. ¿Se da cuenta de lo que

significa todo esto? El niño... John Doughy...

Miré a Alma. Sus hombros eran sacudidos por los amargos sollozos.

—No me diga que a usted le importa un bledo todo ese estúpido jaleo racial —le espeté—. De ser así, voy a creer que es mucho más estúpido de lo que haya podido suponer.

Pegó un respingo.

—¡No le consiento que...!

—Cállese —le atajé brutalmente. Y añadí con vehemencia, casi con violencia—: Está usted casado con una mujer maravillosa, y que por si eso no fuera bastante le adora a usted. ¿Qué importa si estuvo una vez casada con alguien que llevaba sangre negra en las venas? John Doughy fue una excelente persona, un caballero que supo meterse en el bolsillo a París entero. Si Alma hubiese estado casada con un criminal de raza blanca, ¿qué diría usted?

Calló. Como si fuera contra su voluntad, sus ojos buscaron a su esposa. Alma no lo advirtió. Seguía con la cara oculta en sus manos.

Entonces añadí:

—Si usted es la mitad de hombre de lo que yo le supongo, abrazará a su mujer, cogerá a ese niño, que entre paréntesis le diré que es una monada, y mandará el resto del mundo al infierno. O eso, o se divorcia de ella.

Alma levantó ahora la cabeza, mirándome llena de angustia. Seguí con mi discurso:

—Se divorcia de ella, y yo estaré esperando ante la puerta del tribunal para casarme acto seguido. Sé que nunca encontraré otra mujer parecida...

Foster seguía mirando a su mujer. Alma desvió la mirada, huyendo de los brillantes ojos de él.

—¿Qué decide. Foster?

—Amo a Alma... —susurró—. Y estamos en Alabama. Eso levantará una tempestad, Duncan.

—¡Maldito sea usted! —grité—. ¿Es que los Estados Unidos son Alabama? ¿O es que el mundo es exclusivamente los Estados Unidos? Usted tiene suficiente dinero para establecerse donde le dé la gana, en cualquier lugar donde esas zarandajas raciales no le importen a nadie.

Se levantó y empezó a medir el despacho de un lado a otro con

largas zancadas. Yo encendí un cigarrillo, esperando. Alma había dejado de sollozar, pero las lágrimas seguían inundando sus mejillas, silenciosas y terribles en la tensa espera.

Al fin, Foster se detuvo un instante, miró hacia mí como sin verme, y luego su mirada se desplazó hasta descansar en su esposa. Despacio, se acercó a ella.

—Alma... —balbució, muy quedo.

Ella levantó la cabeza. Se miraron un largo instante. Él murmuró:

—Debiste habérmelo dicho...

—Te amé demasiado desde el principio —susurró ella—, y temí perderte...

—Levántate.

Se levantó despacio con el alma en vilo. Los brazos de Foster la rodearon y, muy cerca uno de otro, quedaron mirándose a los ojos.

Él murmuró:

—Creo que Duncan tiene razón...

Se fundieron en un apretado abrazo. Anthony buscó sus labios y el beso estalló entre ellos como una explosión, sin importarles un comino mi presencia.

Les di la espalda y, fumando, me acerqué al ventanal abierto. Contemplé el jardín a oscuras y las estrellas allí, encima de nosotros. Pensé que si la mía estaba entre ellas debía resplandecer más que nunca. Estaba portándome como una vieja solterona casamentera.

La voz de Foster obligó a volverme.

—Venga aquí, Duncan —ordenó.

Giré y me acerqué a la mesa. Seguía teniendo sujeta a Alma por la cintura. Entre las lágrimas de la mujer, asomaba una mirada viva y triunfante, tan brillante como la luz del sol.

Foster la miró un instante. Luego la soltó y se sentó a su mesa. Sacó un talonario de cheques y comenzó a llenar uno. Yo dije:

—Todavía no he terminado mi trabajo, Foster.

Me miró, sorprendido.

—¿Cómo que no? —exclamó.

—Se han cometido demasiados asesinatos en este caso. Por lo menos, uno de ellos debe castigarse, el de la muchacha muerta. Ése lo cometió el bastardo que quería liquidar a sus padres y arrebatarse

luego a Alma su parte de la herencia. A ese tipejo hay que echarle el guante.

Tras una vacilación, reanudó su tarea de llenar el cheque, mientras comentaba:

—Eso es trabajo de la policía. Yo le contraté por hacer lo que ha hecho.

Y me entregó el talón. Lo miré. Era por diez mil dólares. Lo sacudí en el aire para secar la tinta.

—La policía está en inferioridad de condiciones respecto a mí —dije—. Y ustedes dos pueden ayudarme a acabar con él. ¿Quieren hacerlo?

Se miraron. Vi cómo Foster apretaba las mandíbulas.

—Diga qué tengo que hacer.

—Muy bien. El chantajista tiene que ser alguien que haya tenido acceso en alguna ocasión al testamento de sus padres, Foster... Y, además, alguien que haya vivido en París y haya podido conocer el secreto de Alma.

Guardaron silencio los dos. Anthony arrugó el ceño y pensó furiosamente. Alma susurró:

—No se me ocurre nadie...

Su marido negó también con la cabeza, pero se interrumpió a la mitad del movimiento.

Estupefacto por lo que acababa de pensar, se levantó lentamente, mirándome y tratando de hablar sin conseguirlo.

Al fin logró articular:

—¡Santo cielo! Donovan...

—¿Su administrador?

—El mismo. Firmó el testamento de papá como testigo...

—¿Y ha vivido en París?

—Papá lo mandó allí hace tres o cuatro años, cuando montó nuestra sucursal europea... ¡Tiene que ser él!

Alma se apretó contra su marido, angustiada.

Yo dije:

—Pronto lo sabremos. Dígame dónde vive... y le arrancaré la verdad.

—Negaré todo...

—Lo dudo. Soy muy salvaje cuando hay que serlo, Foster. Deme las señas de ese tipo.

—Será mejor que le acompañe —decidió—. Tal vez entre los dos tengamos más éxito.

Alma se alarmó. Yo dije:

—No, Foster. Esa clase de trabajo requiere experiencia... y creo que usted y su esposa tienen algo más importante que hacer... Cuando yo lo he visto, el chiquillo estaba durmiendo. Pero tengo la idea de que alguien debe despertarlo... pronto.

Se miraron en silencio Alma expectante, aún aturdida por la avalancha de acontecimientos que acababa de vivir.

Foster tomó un trozo de papel y en silencio escribió la dirección de su administrador. Me entregó el papel.

—Ahí tiene —dijo—. ¿Piensa llevar a la policía con usted?

—¿Sin más pruebas de las que poseo? No me harían ni caso. Iré solo, Foster. No es la primera vez que me enfrento a un asesino.

—Usted debe saber lo que hace, Duncan. Infórmeme cuanto todo haya terminado.

—¿Le encontraré aquí, esta noche?

Sonrió.

—Sí. El niño vendrá con su madre, y ella va a seguir aquí...

Alma se le abrazó estrechamente. Por encima del hombro de su esposa, Foster me miró, más emocionado de lo que quería aparentar.

Di media vuelta y eché a andar hacia la puerta. Cuando llegué a ella me volví. Estaban besándose como una pareja de recién casados.

Al diablo.

Tuve que andar más de diez minutos antes de encontrar un taxi. Le di al chófer la dirección que Foster había anotado y me arrellané en el asiento. Pensé en cómo se había desarrollado el caso y empecé a decirme que ya no era el tipo duro de otros tiempos.

Incluso era capaz de emocionarme ante una mujer hermosa en apuros... Se imponía cambiar de aires, largarme a cualquier lugar donde los problemas de la gente no tuvieran nada que ver con hijos mestizos ni sentimientos maternos.

El coche se detuvo. Pagué la carrera y dediqué un par de minutos en reconocer el terreno. La casa del administrador era un «bungalow» sencillo, pero de agradable apariencia.

Pasó un coche despacio. Lo seguí con la mirada, pero me

tranquilité al verle ganar velocidad y perderse en una esquina.

Volví a examinar la casa. No había luz en ninguna ventana, pero eso no era problema.

Un solitario noctámbulo pasó por la acera. Me dirigió una distraída mirada y siguió calle abajo. Había que darse prisa.

Llamé a la puerta y esperé. Una luz se encendió en una de las ventanas. Esperé y pronto obtuve respuesta. Alguien, un hombre, preguntó desde dentro, sin abrir la puerta.

—¿Quién es?

—Quiero hablar con usted, Donovan. Abra la puerta.

—Eso no aclara quién es usted —replicó.

—Me llamo Duncan. Detective al servicio de Anthony Foster. ¿Necesita todavía más datos?

Hubo un corto silencio. Luego, la puerta se abrió y apareció en ella un tipo de unos cuarenta años envuelto en un batín de seda.

Entré sin esperar su invitación. Casi tuve que echarle a un lado. Mi actitud no le gustó.

—Oiga —dijo violentamente—. ¿Es necesario que se muestre usted bruto? Me ha sacado de la cama.

—Yo todavía no me he metido en ella. Cierre la puerta.

La cerró de golpe y se enfrentó conmigo.

Estudí a mi hombre. Tenía buen tipo, alto y recio, y unas facciones correctas de agradable aspecto. Lo único que daba al traste con esta primera impresión era la helada mirada de sus ojos grises. No había en ellos otra cosa que un vacío inmenso, como si dentro del hombre hubiese solamente un abismo sin fondo.

Un vacío que podía llenar con su maldad.

—¿Viene usted de parte de Foster? —inquirió.

—No.

—Pero usted ha dicho...

—Que estoy al servicio de él —repetí—, y eso es cuanto le interesa saber a este respecto. El otro asunto que a usted y a mí nos interesa es mucho más importante... sobre todo para usted.

—Hable claro de una maldita vez, y luego lárguese. No olvide que está en mi casa.

—Hay tiempo, Donovan.

Miré a mi alrededor. Estábamos en el recibidor, y había una luz encendida en una habitación interior. Anduve hacia ella

tranquilamente. Era una salita lujosamente amueblada. Entré y él me siguió, más furioso cada vez. Era lo que yo quería. Enfurecerle, desconcertarle y hacerle perder los estribos para que cometiera cualquier desliz capaz de hundirle.

Se detuvo en la puerta de la salita y desde allí gruñó:

—Cuando se canse de este allanamiento espero que me dirá qué diablos le ha traído aquí.

Le miré. Hablé despacio, soltando las palabras con toda claridad:

—He venido para terminar con usted, Donovan.

Pegó un respingo.

—¿Está usted loco, maldito sea? ¿Qué significa esto?

—Es usted un condenado asesino, amigo. Aparte también, de un chantajista fracasado.

Y creo que hay algunos cargos más que podrán imputársele... si llega a ser juzgado.

Todo vestigio de sangre desapareció de su cara. Quedó blanco como el papel. Sólo sus ojos siguieron igual que antes: vacíos.

—¿Qué más? —Silbó entre dientes.

—Vístase.

Parpadeó.

—No comprendo qué se propone —masculló—. Pero sea lo que sea debe estar loco.

—Pierde el tiempo. Sé que es usted quien ha planeado la muerte de los padres de Anthony. Usted quien se proponía chantajear a Alma Foster basándose en el secreto de su hijo... secreto que usted descubrió en París por algún medio que ignoro. Y, lo más importante, usted quien mató salvajemente a Rosalind Gray, la amante de Cass Crane, su asesino a sueldo. ¿Por qué la mató, Donovan?

No respondió. Estaba tenso como un cable de acero. Yo esperaba la explosión de un instante a otro y estaba preparado para ella.

Me fijé en sus manos, unas manos grandes y fuertes, capaces de quebrarle el cuello a una mujer. Se abrían y cerraban como garras, nerviosamente.

Proseguí con mi ataque:

—¿No responde? No importa, Donovan. Yo se lo diré. Rosalind sabía para quién iba a trabajar su amigo. Cuando se enteró de que lo habían baleado pensó que era obra de usted por existir algún

desacuerdo y trató de sacar ventaja de sus conocimientos, que en realidad eran tan graves que podían descubrir todo el tinglado. Tuvo que matarla... y lo hizo ensañándose con ella, arañándola, destrozándola casi. ¿Por qué, bastardo?

Su mirada era casi hipnótica, fija en mí como la de una serpiente. Me estremecí. Ahora ya no me cabía duda alguna de que él era quien yo buscaba. Hablé con más seguridad todavía:

—Yo se lo diré también. Quiso destrozarla por lo que ella representaba para usted:

Alguien que había puesto en peligro todos sus planes, y, lo más violento todavía, le obligaba a matar personalmente. Perdió la cabeza, Donovan. En aquellos instantes apuesto a que deseó arrancarle la piel a tiras a la desgraciada muchacha. ¿No es cierto?

—Usted es quien habla —balbució con voz ronca.

—Lo mismo que desea hacerme a mí en estos instantes.

Un relámpago pasó por su mirada. Y no me miraba a mí sino a algún punto a mis espaldas.

—Lo deseo —masculló—. Y voy a tener el placer de hacerlo, Duncan.

Quise reírme de él, pero su voz me lo impidió. Dijo:

—No dejes de apuntarle, querida, mientras yo le quito el arma.

O sea que había alguien a mis espaldas. Pero no me volví.

—Ése es un truco viejo, Donovan. Invente algo mejor.

Pero no era un truco. Una voz conocida dijo detrás de mí:

—Haga un solo movimiento, preguntón, y verá qué clase de respuesta obtiene.

Volví al poco la cabeza, lo suficiente para poder a ver a Muriel enmarcada en el portal de una habitación. Estaba casi desnuda, pero eso en ella ya era una costumbre. Lo malo era que empuñaba una pequeña automática, con la que me mantenía cubierto.

—Debí suponer algo semejante —mascullé, volviendo mi atención a Donovan—. El amor junta también a las bestias. ¿Por qué no iba a juntar a dos alimañas venenosas como ustedes?

Muriel se limitó a reír. Donovan se puso en movimiento, avanzando hacia mí mientras decía:

—Va a lamentar haber nacido, cerdo entrometido... Pagaré el haberse interpuesto en mi camino...

Estaba como loco, dominado por un furor inhumano, sádico.

Para él, yo representaba el fin de un plan largo tiempo madurado. Un plan que iba a convertirle en millonario. Me dispuse a jugarle el todo por el todo a una sola carta.

Donovan llegó hasta mí. Alargó su mano para buscarme el revólver, y en el mismo momento le propiné un salvaje rodillazo en el bajo vientre y me arrojé al suelo, rodando sobre mí mismo.

La pistola de Muriel pareció toser dos veces. Los estampidos fueron relativamente débiles, pero yo sabía que ellos representaban la muerte tan ciertamente como si fueran del «45».

Me detuve cuando tropecé con las patas de una butaca. Para entonces, ya tenía el revólver empuñado, dispuesto a saltarle los sesos a Donovan...

Pero quedé paralizado de asombro, Muriel contemplaba con los ojos desorbitados a su amante, y yo también giré la mirada.

Donovan estaba de rodillas, apoyándose con una mano en el respaldo de una silla y con la otra se agarraba desesperadamente el estómago. La sangre empezaba a escurrir entre sus dedos. No podía apartar la mirada de Muriel.

—Pequeña imbécil... —gimió.

Ella corrió hacia él, completamente olvidada de mí.

—¡Bob! —sollozó—. ¡No quise hacerlo..., disparé contra él!

Lo comprendí todo. Ella tenía el arma apuntada hacia mí, y yo cubría a Donovan. Y al saltar yo a un lado ella disparó dándole a su amante en la barriga. Pero seguía empuñando la pistola...

Donovan hizo un titánico esfuerzo y logró levantarse, apoyándose en la silla.

—Dame la pistola... —balbució.

Alargó la mano. Ella vaciló. Grité entonces:

—¡Tire esa pistola, Muriel! ¡Tírela!

Giró en redondo. Sus ojos despedían llamas.

—¡Usted...! ¡Bastardo! —Sus dientes rechinaban de loca furia.

Apreté el gatillo antes que ella. Muriel dio un salto y cayó contra la silla, derribándola y arrastrando a Donovan en su caída.

La pistola rebotó en el suelo y quedó a dos pasos del grupo.

Muriel gemía entrecortadamente. Donovan trató de sacársela de encima y se arrastró hacia donde estaba la pistola. Le seguí con el cañón de mi revólver fijo en su cabeza. A semejante distancia no podía fallar. Esperé a que sus dedos se cerrasen alrededor de la

culata de la pistola. Entonces ordené:

—¡Suéltela, Donovan!

Se quedó inmóvil.

Unos golpes furiosos sacudieron la puerta. Alguien gritó. Unos pasos precipitados rodearon la casa. Donovan empezó a levantar la pistola.

Apreté los dientes y disparé. La bala de mi «38» reventó su cabeza y la alfombra se convirtió en algo espeluznante.

Entonces me levanté y fui hacia la ventana. La abrí. Un revólver de reglamento casi me rozó la nariz y el teniente Weyler dijo:

—Sabía que esto acabaría mal, polizonte de pega.

Retrocedí. Él entró por la ventana sin dejar de amenazarme con su arma.

—Tenía a uno de mis hombres siguiéndole a usted. Cuando le ha visto entrar en esta casa me ha llamado... Pero en ningún momento he creído que su visita se convertiría en una batalla campal... ¡Eh!

Dio un salto y su revólver llameó. El estruendo amenazó con echar abajo las paredes.

Me volví en redondo. Muriel acababa de recibir el grueso proyectil y rebotaba contra el suelo. De sus dedos muertos se escapaba la pistola que había vuelto a empuñar en un último intento de venganza.

Weyler tartamudeó:

—¡Cielos..., iba a balearle a usted por la espalda!

—Era una magnífica dama, teniente.

Entraron más policías por la ventana, mientras otros mantenían a la gente a raya en la calle. Weyler me arrastró a otra habitación:

—Espero que pueda justificar todo esto, pesquisa —gruñó con muy mal humor—. Lo espero en bien de usted...

—Puedo contarle todo el caso excepto el motivo por el cual iban a chantajear a mi cliente. Lo demás es suyo si lo quiere.

—Lo quiero.

Se lo conté de arriba abajo con pelos y señales. Sólo omití la participación de «Mamie» Johns y uno de sus nietos y el secreto de Alma. Todo lo demás se lo entregué y, una hora después, en su oficina, lo firmé.

Weyler estaba satisfecho. Yo me disponía a salir del despacho cuando él preguntó:

—¿Qué piensa hacer ahora que ya ha cobrado, Duncan?

No tuve que pensarlo. Dije firmemente:

—Volver a establecerme como detective. Abriré una nueva oficina, pero en cualquier ciudad donde no existan problemas raciales.

Le dejé con el estupor reflejado en su rostro. Él no podía comprender mis razones. Yo sí.

FIN